

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

## LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ARTICULO UNDECIMO.

DE LA LITERATURA EN LA MUJER.

I.

Ha sido tan debatida y á veces tan injustamente juzgada la cuestion de si conviene ó no la literatura á la mujer, que bien necesitaba hoy la defensa de otra pluma.

Muy pocos seres se encuentran que sean defensores del talento de la mujer: los hombres en general declaman contra él, porque, preciso es confesarlo, su instinto orgulloso y egoísta les hace desear que la condicion de la mujer sea siempre esclava de la suya: como si el talento de esta débil mitad del género humano pudiese ser nunca gemelo del talento del hombre.

Este principio que, sin vacilar, asiento como general, tiene sin embargo una escepcion tan honrosa que, por si sola, es bastante á enorgullecer la literatura de nuestra patria y á ennoblecer el talento de la mujer. Nuestra inmortal Avellaneda, esa mujer, cuyo nombre conocía ya mi oído y anhelaba escucharle como un sonido grato y delicioso antes de que mis labios supiesen pronunciarle, es la única escritora que conozco dotada de una doble naturaleza: el poeta mas esforzado y enérgico se envanecería con su *Alfonso Munio*, su *Saul* y su *Guatimazin*, y no hay alma de mujer poetisa que atesore la ternura de que están empapadas sus *Dos Mujeres*, *La hija de las flores* y su

MARZO.

*Dolores*, esa linda flor, cuyo perfume tantas y tantas veces he recogido en mi corazón.

¡Yo te saludo con toda la efusion de mi alma; escritora americana! El espíritu de Colon ha debido sonreír en otros mundos mejores al ver tu fama, porque á su genio inmortal, hermano del tuyo, se debe la gloria de haber unido la tierra feliz donde naciste, á la Corona de Castilla! En vano la envidia ó la animosidad ha pretendido empañar el claro brillo de tu gloria! Sus reflejos son tan puros é inmortales que, aun despues que el mundo te pierda, iluminarán tu sepulcro y alumbrarán las coronas de siemprevivas con que le adornen nuestros hijos!

II.

Estas naturalezas dobles, como yo las llamo, son tan raras, que únicamente he conocido la que acabo de citar: por lo regular la poesía de la mujer es constantemente tierna, mimosa y melancólica.

Trabajo me cuesta convencerme de que existan mujeres que cantan al dolor como á su inseparable compañero, que en sus versos lloren resignadas y dulces, y que son en su casa unas arpías llenas de vanidad, pretensiones y exigencias, adquiriendo una altivez para con sus mismos padres que las hace insoportables.

¿Podrá creerse en la sensibilidad que derraman estas mujeres en sus versos? en las virtudes que predicán en ellos? en los sufrimientos extraordinarios que describen? Imposible: si descuidan los deberes que la sociedad nos impone, si son inmodestas, vanas y arrogantes, sus obras caerán en un completo ridículo.

*Solo la verdad convence*; ha dicho Ciceron y este axioma es tan innegable que todos los días le vemos confirmado: aunque las obras de esas mujeres, de las cuales acabo de hablar, seduzcan, como obras de lozanas imaginaciones, á otras imaginaciones fogosas é impresionables, el corazón del lector quedará vacío sin que



quizás sepa él mismo darse cuenta de la causa que lo motiva.

Generalmente á las mujeres que se dedican á escribir se las mira con marcada animosidad.

Y quereis saber por qué? Porque, por lo regular, ni hablan, ni andan, ni comen, ni se sientan como las demás: su acento es siempre lloroso y declamatorio, y su paso afectado y lento: el alimento que toman á la vista de las gentes no bastaría para mantener á un pájaro; y sus posturas en el sofá ó la butaca, (únicos asientos que ocupan con preferencia á sus padres y superiores) son tan abandonadas como indecorosas. En el terreno de la discusion quieren que su opinion prevalezca siempre; su soberbia vanidad no las permite usar la menor deferencia con nadie, y nunca acompañan á una señora mas allá de la primera *portiere*, ni vuelven visitas, ni hacen compañía á una amiga enferma.

Yo trataba en una capital de provincia á una familia de la cual formaba parte una *poetisa*; al menos este era el nombre que daba su padre á una jóven que estaba todo el dia emborronando papel con desiguales renglones, cuyas sílabas contaba afanosa con los dedos. Al entrar en el interior de la casa se veia que la hija de Apolo era un mueble enteramente inútil aunque muy costoso; la escritora debia, en su opinion, gastar mas lujo que sus hermanas, porque su *talento* la habia hecho ya muy conocida: si el vestido se usaba largo, la cola del de la literata no habia de ser menor que la que gasta la reina al andar las estaciones en semana santa; si se llevaban cintas en la cabeza, se habia de contar con una pieza mas para la escritora, que, en cambio de tantas exigencias no sabia zurcir, ni hacer andar lista á la criada si su padre queria comer un dia mas temprano; no aplanchaba ni un pañuelo y consentia que su anciana madre se tomase este penoso trabajo por no enrojecerse sus blancas manos; no limpiaba la casa, ni hacia calceta, ni cosía la ropa de la familia: si habia un enfermo no podia hacer ni aplicar las cataplasmas porque se la levantaba el estómago; y, si el estado del enfermo se agravaba, su *estrema-da* sensibilidad la hacia huir á otra estancia muy lejana, dejando en manos estrañas el cuidado de cerrar los ojos de una persona que tal vez debia serla muy amada.

Por estos tristes ejemplos se teme en las familias como al fuego, á una literata: en vez de ser, como debia, el modelo de todas las virtudes, en vez de ser generosa, sumisa y tierna, es, por lo regular, egoista, altanera é insensible: en su corazon no tiene entrada ni aun el dulce sentimiento del amor, porque todo aquel,

que la manifiesta aficion, la parece poco para ella, y, por otra parte, no se quiere casar hasta que no tenga treinta años, para dejar antes bien consolidado su nombre.

¡Estraño delirio es, por cierto, el que hace abandonar la dulce dicha del hogar doméstico, por correr tras un fantasma, que raras veces ve realizado el hombre, y que nunca alcanza la mano débil de la mujer!

Y cuando estas mujeres se deciden por fin á casarse, si encuentran con quien (lo cual suele ser, cuando ellas quieren, algo dificultoso) entonces ¡ay de sus esposos y de sus hijos! La literatura es bien sabido que en España, lejos de enriquecer al que la cultiva, le empobrece, porque en estos tiempos, en que tanto se escribe, es tan difícil encontrar un editor como un marido y tan inverosímil que se agote una edicion por cuenta del autor, como que un avaro sea generoso: es necesario que el que escribe tenga un nombre conquistado á fuerza de vigiliias y penalidades; es necesario que haya consumido sobre la mesa de escritorio el color de sus megillas, el brillo de sus ojos y la savia de su vida para que pueda ganar algun dinero con su pluma; y esas pobres mujeres ponen en tortura su ingenio por ver sus producciones en letras de molde, alcanzando por recompensa las quejas de su esposo que no tiene camisa aplanchada para mudarse, y el llanto de sus hijos, á los cuales golpea la niñera exasperada porque sus padres la deben algunos meses de salario.

Desgraciadas! ¿qué dicha encontrais en esa frívola vanidad que pagais tan cara?

—¿Qué debo yo á tu talento? dirá el esposo que ve descuidado el gobierno de su casa y que tiene que repartir su corto sueldo entre la costurera y planchadora, si quiere vivir con la indispensable decencia.

—¿Qué tenemos que agradecer al ingenio de nuestra madre? se preguntarán los hijos de la literata, cuando la luz de su razon les haga deploar el abandono de su educacion.

Ah! estos cargos, sin contar con la maledicencia de la sociedad, estos amargos cargos de las personas que deben ser las mas queridas para la mujer, bastan para estirpar de todo corazon amante y honrado, el funesto afan de gloria literaria que se va despertando hoy en mi sexo.

### III.

No creais por lo que llevo escrito, quizás con sobrado atrevimiento, que el deseo de alcanzar una gloria sin rivales me hace hablar así: hay en mi corazon una propension decidida á amar á todo aquel que ha nacido con aspiraciones de poeta, ora le ayude, para dicha suya, su ta-



lento, ora le niegue el cielo la luz purísima de la poesía; y esta propension se convierte en una tierna afección hácia toda mujer que toma en sus delicadas manos el arpa de Safo y de Corina: nunca he podido concebir como existen almas bastante bajas para ensañarse en las composiciones de los débiles seres que pertenecen á mi sexo.

Lo dije ya en otra ocasion al dar al público uno de mis escritos en que defendí el talento de una mujer: cuando trato de poner en relieve lo necesaria que es su instruccion para la sociedad, me parece vislumbrar una sonrisa en los labios de mas de un lector, al ver que defiendiendo mis propios intereses; pero, como entonces, vuelvo á rogarles hoy que se detengan á reflexionar un momento, y fácilmente me perdonarán que sea yo el abogado de una causa que tantos y tan encarnizados fiscales tiene.

Acabo de poner en evidencia, acaso con demasiada viveza, todas las ridiculeces de la mujer escritora; acabo tambien de probar que este tipo, tal como se ve y se comprende, es altamente perjudicial; y ahora añado con todo el fervor de mi alma: ¡pluguiese á Dios que todas las mujeres naciesen poetisas y con talento para enaltecer, moralizar y hacer mejor á nuestra corrompida, materialista y prosaica sociedad.

La culpa de todas las ridiculeces de la literatura, de todos los perniciosos ejemplos que da, de todas las graves inconveniencias en que incurre, de todos los digustos domésticos que causa, esa culpa es de sus madres. ¿Por qué las dejan desde los seis años, edad en que comunemente una niña sabe leer; por qué las dejan, digo, devorar dramas y novelas á su sabor sin tasa ni cuidado? ¿Pensais que una imaginacion virgen y lozana se empapa impunemente en el *Martin el Espósito*, *Memorias de un médico*, y *El hombre de los tres calzones*? ¿Pensais que solo las proporcionan diversion *El hijo del diablo*, *Catalina Howard*, *Antony* y *Adriana Lecouvreur*? Pues os equivocais. Niñas hay, cuyos padres son tan respetables como respetados, que están devorando *Los tres mosqueteros* y no han cumplido los ocho años; y sus familias no hallan inconveniente en que se enteren de las maldades de *Miladi*, de los adúlteros amores de *Mme. Bonaparte* y de la escandalosa pasion de la *Señorita La Valiere* por el rey, pasion que se infiltra tanto mejor en los corazones jóvenes é inespertos cuanto está revestida de una forma mas poética, dulce y sentimental.

Las madres están contentísimas de que sus hijas, al volver del colegio, tomen de los estantes de su padre cuantos libros quieran, á trueque de que no las molesten saltando, can-

tando y corriendo durante las horas que permanecen en casa; pero las tiernas lectoras, cuando llegan á los trece años, siguen en cuanto pueden los pasos de las heroínas de sus novelas, y si, al fin, la rigidez pundonorosa de sus familias les impide hacerlo, (porque ya he dicho que familias idólatras del honor, las dejan leer cuanto quieren) entonces procuran desfogar su imaginacion ardiente de suyo y acalorada por una indigestion de ideas, escribiendo á su vez novelas y versos, que necesariamente han de tener el impuro colorido de la literatura que conocen.

Sin embargo, los padres que ven en la afición á la pluma una distraccion á las coqueterías y calaveradas, sobrado prematuras de sus hijas, y que, por otro lado, ven halagada su vanidad con tener una hija escritora, la dejan que empleen en escribir los ratos de descanso; pero en breve crecen las exigencias de la niña, tiene que concluir alguna *obra importante*, para la cual necesita mas tiempo; y los padres, que ya han dado el primer paso en la senda resbaladiza de la complacencia, ceden cada dia un poco, llegando el caso, cuando la niña cumple veinte años, de que se la ha olvidado como se coge el plumero para quitar el polvo á los muebles y en qué dedo se pone el dedal.

Infelices niñas! ¿Qué educacion, qué estudios os han dado para que ofrezcais vosotras por pasto á la voraz mordacidad del público los productos de vuestra pluma? ¿Cómo han dirigido vuestra imaginacion para que sean útiles y morales los pensamientos que broten de ella? ¿De qué manera han moralizado vuestros hábitos, vuestras costumbres, para que deis lecciones á los demás?

Ah! vosotras sois las que producís esos volúmenes de poesías en que hay quejas de males imaginarios; en que se deplora la suave y dulce condicion de la mujer, como si fuese un mal el haber nacido para ser el ángel del hogar doméstico; en que se lloran amores que quizás nunca se han conocido; en que se interpretan los decretos de Dios; en que se llama *abrasadora hoguera* al hermoso y vivificante sol y *antorcha de dolores* á la suave y apacible luna: y los que os conocen y saben que sois coquetas, que vestís con mas esplendidez y afectacion de la que á vuestra posicion conviene, que dais un seco *perdone usted* al pobre que llama á vuestra puerta, aunque esteis almorzando, se rie de vuestros escritos, tanto por lo menos como vitupera vuestras acciones.

Por su misma felicidad y por la de todos los seres que la rodean es conveniente y hasta necesario, inocular la poesía en el alma de la mujer; porque la poesía no es hacer versos ni es-



cribir novelas: una mujer que ve poner el sol rodeada de sus hijos, y les hace comprender en este grandioso espectáculo la bondad provida de Dios, es mas poetisa que la que llena un grueso volumen de insípidas lamentaciones sin obgeto moral ni provechoso: la madre que cuida en su retiro flores para que perfumen el aposento de sus hijos, que ama y comprende la música, que educa á su familia en el temor de Dios y en la virtud, que enseña á sus hijas á hablar con graciosa y moderada dulzura, que las habitúa á vestirse con gusto y sencillez, es para mí la verdadera poetisa, porque la poesía es el sentimiento de lo bello: una mujer muda y manca, que no puede escribir, pero que comprende la grandeza del poder de Dios, que se conmueve al contemplar la belleza de la creacion, que ama el perfume de las flores, que derrama algunas lágrimas al escuchar las notas agonizantes de la infeliz *Traviata*, es para mí una gran poetisa; mas diré: es, segun mis creencias, una mujer sublime.

Existe una mujer que es en mi concepto una de nuestras primeras poetisas, á la cual ridiculizaban algunos porque vive en una pequeña aldea, porque por su pobreza se ve reducida á desempeñar todos los quehaceres de su casa, y porque en su parte física no tiene que agradecer mucho á la naturaleza: sin embargo, esa mujer implora en sus cantos á la Madre de Dios con tanto fervor y ternura, compadece con tan dulce sentimiento á un pájaro enjaulado, canta al genio del poeta con tanta verdad y valentía, que el contraste de su vida mísera y de su desconocido martirio con la grandiosidad de su alma y la bondad de su corazon, la han enaltecido á mis ojos sobre todas las mujeres. Por ventura ¿no es una adorable virtud el sugetarse á los trabajos mas duros, comprendiendo todas las grandezas de la vida? ¿No es propio de una santa conservar, en medio de las penalidades, tanta bondad de corazon, tanta frescura y lozanía en las imágenes? Esa mujer barriendo su casa, mullendo su lecho, es á mis ojos una de las mejores poetisas de nuestros dias, porque es una de las mas sufridas y virtuosas; en tanto que la escritora envuelta en sedas, hundida en una cómoda butaca, llena de perfumes y peinada á la inglesa, que desatiende sus mas sagrados deberes, hablando constantemente de sus versos y escritos y de la marcha del Gobierno hasta á las personas mas profanas en la literatura y en la política, me parece tan despreciable como ridícula.

#### IV.

Ya dije en mi artículo primero que la edu-

cacion en España está reducida á tres clases: la educacion de la aristocracia encomendada al aya, la educacion á la *francesa*, y la educacion á la *antigua*: las jóvenes formadas por la primera viven demasiado agitadas para que piensen en escribir, aunque algunos grandes talentos femeniles han salido de la aristocracia: á la segunda clase pertenecen las que devoran libros á su placer: las de la tercera no son generalmente de organizacion poética, porque como ya dije en el mismo artículo, sus superiores procuran ahogar en ellas toda aficion instintiva á lo bello.

Esta clase procede de un modo enteramente contrario, pero no menos perjudicial, que la que deja á sus hijas beber dramas terroríficos y novelas despeluzantes é inmorales: en esas familias la mujer está relegada al hogar doméstico y se la educa con el mas esquisito esmero para que su imaginacion, en vez de elevarse, se circunscriba á los mas estrechos límites posibles: no se la dan libros de ningun género, pero en cambio se la exige que sea *buen esposa* y *buen madre*, sin pensar en que no puede dar ni enseñar lo que no la dieron ni aprendió; sin reflexionar que una *buen esposa* no llena tampoco sus obligaciones sabiendo solo coser, bordar y cuidar de sus criados, ni puede hacer feliz á su marido con tan escasa ciencia; que no puede formar y dirigir el corazon de sus hijos quien ha sentido secarse el suyo con el rigor de su educacion, y que, lejos de ser *buen madre*, ni aun religiosa puede ser la que se ha acostumbrado á mirar á Dios bajo el mismo prima que mira al gran Mogol, á quien jamás ha visto, y á las obras de ese Dios tan bueno y amoroso, como á los muebles que adornan su cárcel doméstica.

Un término medio, entre estos dos extremos, es lo que hace falta en la educacion de la mujer: el abandono de su inteligencia es tan culpable como el obligarla á que se desarrolle viciosamente: escoged, madres de familia, los libros que han de leer vuestras hijas, ó si no teneis criterio bastante para ello, aconsejaos de una persona competente: enseñadlas bien y con preferencia todas las labores propias de su sexo y que tan necesarias son para el gobierno de su casa; enseñadlas á leer y escribir con perfeccion; si os es posible, enseñadlas la música y la pintura, esas dos artes que elevan el alma y la aproximan á Dios: inspiradlas amor y respeto á su Criador; enseñadlas á comprender y á admirar las maravillas de la naturaleza; y sobre todo, dadlas un constante ejemplo de paciencia, dulzura, resignacion y amor.

La poesía del corazon y de la virtud la irán adquiriendo al paso que vayais ilustrando sus



inteligencias; nada de ciencias ni de estudios áridos, que á medida que las robarán el tiempo que deben emplear en su deberes domésticos, fatigarán su imaginación y llevarán el vacío á su alma: la instrucción de la mujer debe estar reducida sola y únicamente á sentir, á amar á su esposo é hijos y á saber educar á sus hijas para que sean lo que ellas deben ser: buenas esposas y buenas madres.

Rara es la mujer á la cual se cuida de elevar su inteligencia por medio de libros ejemplares y provechosos, á la que se la ofrece un bueno y constante ejemplo de virtud, á la que se la cultiva el espíritu con la música, el dibujo y la lectura de poemas escogidos y tiernos: rara es, repito, la que, educada de este modo, no atesora en su alma un raudal de poesía consoladora y dulce como todo sentimiento que emana de la virtud: entre las que se eduquen así, habrá infinitas que puedan escribir con perfección los libros que han de leer sus hijas; y ¡qué mas dulce y ópimo fruto puede dar el talento de la mujer, que el de escribir un curso de educación para su familia y dar una parte de su alma á las partes mismas de su ser!

La influencia de la mujer es de suma importancia en la sociedad: *una madre*, dice Alfonso de Lamartine, *una buena é ilustrada madre hace de su hijo lo que quiere*.

Mirad al gran poeta en corroboración de sus palabras: Madame de Lamartine era un modelo de ternura, sensibilidad y virtud, y no hay poeta mas tierno y sensible, ni hombre mas virtuoso que su hijo.

Volved la vista á Byron: el espíritu mordaz, el carácter sañudo é irascible de su madre, están bien reflejados en las obras del hijo; y á pesar de la incomparable hermosura de sus poemas, siempre dejan estos un sabor amargo en el corazón y un vacío desconsolador en el alma.

No me cansaré de repetirlo: ilustrando á la mujer se obraría una reacción saludable en todo el universo; pero esta ilustración debe ir presidida por la virtud; esta ilustración debe ser sencilla, tierna, persuasiva, porque la mujer ilustrada se comprende solo dividiendo su tiempo entre el cuidado de su casa, el ejercicio de la aguja y el manejo de la pluma, cuando la ejercita sentada entre las cunas de sus hijos, que era como Madame de Lamartine escribía su diario, tan poético, tan tierno y tan sublime, pues su lectura fué lo que hizo poeta á su hijo.

Mi matrimonio, lectoras mías, me hizo madre de una niña que vino á mi lado llena de mimo y de caprichos hace poco mas de un

año y cuando apenas contaba cuatro; sin embargo, yo emplazo á aquellas de vosotras que no se convengan con lo que llevo escrito, para que vengan á conocerla cuando tenga quince, y se las presentaré buena, virtuosa y si puedo *poetisa*, tal como yo comprendo que debe serlo la mujer, pues abrigo la certeza de que de este modo será ella feliz y hará la dicha de los que la rodeen.

¡Plegue á Dios que se cumpla mi esperanza! Y venturosa yo si, con este ejemplo vivo, puedo convencer á nuestros severos detractores de que nadie, cual la mujer, puede moralizar la sociedad y hacer brotar en ella semillas de virtud, y que, cultivando su inteligencia, tendría el mundo fervorosos apóstoles de paz y religion, mas persuasivos que los de la ciencia, porque la mujer tiende siempre á conmover el corazón, y le alumbra con la estrella divina del amor y con la sagrada antorcha de la verdad!

## ARTICULO DUODECIMO.

*Del prestigio que el amor ejerce en las mujeres.*

### I.

El amor es el sentimiento que mas exclusivamente ocupa el corazón de la mujer, y por tanto, el que mas poder y dominio tiene sobre ella, sea cualesquiera su educación y carácter.

La mujer nace amando y amando muere: jamás llega para ella esa época de desencanto que fatiga al hombre mas ó menos tarde: rara vez, aunque la acosen por do quiera las decepciones, rara vez se hace positiva y materialista.

Hanme contado de algunas mujeres, que son tiernas esposas y excelentes madres, que en otros días vivieron en el fango del vicio, de donde las sacó la mano caritativa y tierna de los que luego han sido sus esposos: de una, sobre todo, me refirieron una aventura que me hizo calificarla de un monstruo de egoísmo: no obstante, el trato, aunque poco íntimo, que despues tuve con ella, me convenció de que mi opinión era, cuando menos, equivocada.

Difícil hubiera sido hallar una mujer de trato mas dulce, ni de sentimientos mas tiernos y generosos: confundíame yo en mil diversas conjeturas, pues cuando la veía, un irresistible impulso me inclinaba á amarla; mas no bien me apartaba de su lado aquella amarga historia venia á mi mente con odiosos colores y me hacía avergonzar de mi misma inclinación.

Un día me atreví por fin á preguntarla por su vida pasada.



—Mi querida Maria, me contestó, no me atrevería á confiar á V. mi pasado, si en vez de ser esposa ya, fuese V. solamente hija de familia; pero su estado me anima á complacerla y cuento además con su indulgencia y bondad. Esta noche despues que haya acostado á mis hijos referiré á V. mi historia.

Esperé impaciente la hora en que debia ir á casa de Emilia, que este es su nombre, y así que nos quedamos solas, me refirió toda su vida con la mas sincera franqueza.

Por ella ví que ese drama que con tanto placer admiramos en el teatro francés con el título de *Le dame aux camelies*, en el Príncipe con el de *¡Redencion!* y en el Real con el de *La Traviata*, no es tan raro como se cree: la hermosa Emilia fué redimida por un hombre bastante generoso y amante para hacer aquella obra de sublime caridad.

Dentro de un año daré á la prensa la historia de Emilia, autorizada por ella y por su esposo: por ella se convencerán cuantos la lean de que el amor cambia enteramente el carácter de la mujer, siempre que su corazon no esté pervertido.

Craso y lamentable error es el creer que la mujer no ama en su vida mas que una sola vez, así como en muchos casos es una verdad innegable en el hombre: en efecto, el hombre tiene una edad de ilusiones y de confianza en que entrega su corazon henchido de toda la pasión que se puede contener en él: luego el desengaño, el cálculo, los cuidados de la familia y la ambicion apagan ese sentimiento, ó le templan de tal modo que llega á ser en su vida la parte mas secundaria.

¡Pero la mujer!... la mujer ve toda su dicha pasada, presente y futura en el amor: encerrada en los estrechos límites del hogar doméstico, cada dia consagra algunas horas á meditar en sus recuerdos y en sus esperanzas, siempre emanadas y pendientes del amor.

## II.

Apenas abre la mujer los ojos á la luz ama ya la figura de sus padres, que vé vagamente ante sus ojos.

Pocos dias despues ama su voz y conoce y anhela sus caricias entre todas las que recibe.

El amor ciego y esclusivo á su madre crece con ella; y aunque han existido algunas mujeres que han despreciado y aborrecido á las que las dieron el ser, se ha visto siempre que durante su infancia las han amado con la mayor ternura y la mas decidida preferencia.

A los tres años, sin dejar de amar á su madre, ama la niña á su muñeca. Pero ¡con qué

abnegacion tan amante! Por su muñeca se despoja de la pañoleta, aunque tenga frio; la acuesta en su lecho; parte con ella cuantas golosinas la dan; la pasea; la hace bailar; la mece en sus brazos, y la profesa en miniatura un afecto verdaderamente maternal.

Este amor dura en toda su fuerza hasta los ocho años: entonces empieza á halagar la vista de la niña su vestido de seda, su pantalon bordado, y su sombrero de castor en invierno y de paja en verano; desea que la pongan brazaletes, que la rizen el pelo y que perfumen con agua de olor su diminuto pañuelo.

La niña empieza á tener amigas y entre ellas distingue á una con mayor cariño que á las demás; ya no es sola la muñeca quien la ocupa; quizás la pobre muñeca queda olvidada muchas veces por la amiga, y esta adquiere el derecho de zarandearla si así se le antoja; yo me acuerdo de que tenia un gran pesar cada vez que una de mis primas y mi mejor amiga, maltrataba á una gran muñeca que mi buena mamá me habia comprado en Madrid; pero el cariño que me inspiraba mi prima ahogaba, ó mejor dicho, dominaba al que yo profesaba á mi muñeca y callaba por no incomodar á la primera, desquitándome, cuando me quedaba sola, en acariciar á la segunda, á semejanza de una madre demasiado débil para contener los arrebatos de un esposo que maltrata á sus hijos.

Amando á sus padres, á su muñeca, al lujo y á sus amigas, llega la mujer á los doce años; entonces nace en su pecho una vaga necesidad de amar á alguna otra cosa que no conoce todavía: pierde el sueño, ya no rie con las francas carcajadas de la niñez, y algunas jóvenes pierden á esta edad el apetito y el color.

Hay algunos padres tan imprudentes que enseñan á sus hijas desde sus primeros años á que llamen *su novio* al niño de un amigo ó de un vecino: estos amores en miniatura les divierten grandemente y fomentan y provocan entre los niños, como dice Eugenio Sue, escenas de celos, de cariño y de rabieta.

Pero estos juegos, inmorales siempre, dan no pocas veces funestos resultados: las inocentes *novias* pierden desde muy temprano el pudor innato en la mujer y el decoro que es el mejor adorno de su sexo.

La mujer debe sentir el amor antes de adinarlo, y necesita ofrecer un corazon puro á aquel cuyo cariño ambicione: las niñas criadas así, pocas veces se tornan melancólicas á los doce años: el amor en teoría es un manjar de que su paladar está hastiado ya, y á esta edad suelen mantener amores y correspondencia con el vecino de enfrente, ó con el primito



á quien daba el título de *novio* cuando apenas sabía andar.

Estas niñas son despues las que hacen alarde de un egoísta y desenvuelto coquetismo, y las mismas que los hombres buscan para divertirse, pero de las cuales huyen con horror para casarse.

Nada hay mas odioso que el coquetismo en la mujer: este sentimiento es tan distinto de la coquetería como el orgullo lo es de la vanidad, aunque la generalidad los confunde en uno mismo. El coquetismo, así como la vanidad, son siempre perjudiciales y se hacen aborrecibles, al paso que la coquetería bien entendida es agradable y tan conveniente como el orgullo, cuando se le dirige bien.

Pero el coquetismo y la vanidad requieren ser tratados con mas detencion, y no pueden por lo tanto ocupar una parte secundaria en este artículo.

### III.

Segun la organizacion de la mujer, á los trece años ama ya: hay naturalezas entusiasmadas y apasionadas que necesitan querer para dar salida al raudal de ternura que rebosa en ellas.

Oh! ¡cuán necesaria es en esta peligrosa edad una buena y sólida educacion! ¡Cuán precioso que la mujer, al llegar á los umbrales de la juventud, conserve íntegro y puro el sentimiento de su propia dignidad!

Las criaturas á quienes Dios dotó generosamente de esas bellas organizaciones, sienten al animarse su corazon, que su devocion y su amor al Criador acrecen: no hay oracion mas fervorosa que la que se escapa de los labios de una jóven adolescente, ni mas rica en pureza y sentimiento.

El corazon de una madre salta de alegría al sentirse abrazar por su hermosa niña y al oír su voz vibrante de ternura que la dice al oído:

—Cuánto te quiero, mamá mia!

Este grito de ternura, resuena hasta lo íntimo de las entrañas de una buena madre, porque las buenas madres leen en el corazon de sus hijas y ven con orgullo que la primera expansion del afecto que lo va llenando es para ella.

La mujer á esta edad se vuelve mas amante: ama á las flores, al sol, á las aves; ama á la música, á sus libros; y siempre que lee ó la refieren una accion generosa, se llenan de lágrimas sus ojos, y siente un íntimo é indecible placer cuando puede socorrer á un desgraciado.

¡Hermosa y risueña adolescencia, tú eres la edad mas diñosa de la vida! Rodeada de do-

radas ilusiones, solo ves la existencia á través de un rosado prisma! ¡Tus dolores son pasajeros como tus lágrimas, porque al secarse estas se olvidan aquellos, antes de que hayan hecho mella en el corazon!

En esa edad, la mujer ama por fin á un ser ideal que se forja ella misma, eligiendo entre los mas hermosos héroes de sus libros: se dirigen con tino sus lecturas, y lee solamente lo que debe, ama al amante de *Dalinda*, al hijo de *Palemon* ó al *Pablo* de Bernardino de Saint-Pierre; si no ama al *Vizconde de Bragelonne*, á *Franz* ó á *José Bálamo*.

Pero llega un día en que un hombre suspira á su oído palabras de amor: si es jóven y gallardo desbanca al amante imaginario, porque la niña encuentra en él el encanto de la vida y de la palabra, y le adorna además con todas las perfecciones del amante de sus libros.

Este es el primer amor de la mujer. Oh! y cuán lleno está de fé, de ternura y de esperanzas! Todos los defectos del carácter de la mujer, todo el egoísmo que pueda abrigar su alma, toda la irascibilidad de su carácter los estirpa su primer amor, á la manera que los rayos espléndidos del sol barren las nieblas del cielo: este cariño es de todos los instantes, de todas las horas; este cariño ocupa su vida entera.

¡Feliz aquella que une su suerte á la del primer hombre á quien amó! ¡Feliz la que entrega su mano al primer hombre que hizo latir su corazon! ¡Su alma conserva siempre las creencias mas puras y su corazon todas las ilusiones de la niñez! ¡Esas mujeres son las que conservan á los treinta años la cándida serenidad de sus frentes, la riqueza y el hermoso matiz de sus rizos y el límpido brillo de sus ojos! la dilatada juventud de sus rostros es el reflejo de la perenne juventud de sus corazones!

Esas mujeres son las que con mas fervor pueden decir cada noche elevando al cielo sus ojos y sus manos.

—Yo te bendigo, ¡oh Dios mio! y te doy gracias por tu infinita bondad!

### IV.

El primer amor de la mujer es casi siempre vendido por el hombre: sucede unas veces que este entra en cuentas consigo mismo y reflexiona que puede hacer un casamiento mucho mas ventajoso y se lanza en pos de él en alas de su ambicion: otras piensa el hombre que su posicion no le permite casarse por espacio de algunos años y que no debe hacer perder tiempo á la jóven que le ama y en alas de la honradez revela sus ideas á sus padres y se retira sin dar



á la pobre enamorada ni una razon ni un pretesto siquiera que justifique ó disculpe su conducta.

No seré yo quien vitupere este modo de proceder: en mi concepto, es mas honrado el hombre que obra de esta manera que los que pasan años y años entretenidos en sus amores para no casarse al fin: entre estos hay algunos que tienen la esperanza de que la mujer, á quien dicen que aman, se aburra y les dé dimisorias ella misma.

Sea como quiera, la mujer vé perdido casi siempre su primer amor: ve destruidas sus esperanzas y derribado el edificio de su felicidad.

Entonces la mujer se divide en dos seres distintos, segun su carácter y educacion: si es tierna, sensible y tiene sólidos principios de virtud, llora durante mucho tiempo y pierde la mejor parte de su belleza devorada por la pena.

Si su organizacion es vulgar, si es vana y egoista, se consuela fácilmente y se vuelve coqueta haciendo pagar á los demás hombres el desengaño de su primer amor.

De estas últimas mujeres muchas se quedan solteras para toda su vida, porque ya dije mas arriba que los hombres las buscan para divertirse, pero huyen de ellas para hacerlas las compañeras de su vida y las madres de sus hijas.

De todos modos la mujer es constantemente la víctima del hombre: él marchita y engaña su amor primero: él fomenta con sus homenajes el coquetismo que provocó con su abandono; y él la impone el último castigo haciéndola pasar una existencia triste y solitaria y condenándola á una vegez sin afectos, sin cuidados y sin familia.

No siempre, sin embargo, es este un orden general de sucesos: mujeres hay que desde su adolescencia son coquetas é inconsecuentes: que no saben sentir ni comprender una pasion; que sus cabezas están tan vacías que solo aman á sus trages, á sus adornos y á su espejo, y que por todo esto son desdeñadas para esposas; pero de semejantes faltas tiene la culpa casi siempre su educacion, y las desdichadas son víctimas de ella, sin que las quede ni el consuelo de quejarse ni el derecho de ser compadecidas.

## V.

Llega por fin una época en que la mujer desengañada se enlaza con un hombre que, ignorante de su primer amor, ó compadecido de su desengaño, ó enamorado de su coquetismo (esto sucede tambien algunas veces) la ofrece con su mano un nombre honrado.

Entonces nace en el alma de la mujer, sea cualquiera su carácter ó su educacion, un sentimiento de gratitud por aquel hombre que la hace depositaria de su dicha y de su honor.

¡Sí! Yo lo asiento como una verdad incontestable: por poca sensibilidad que se albergue en el corazon de la mujer, la gratitud, ya que no el cariño, llena su alma hácia aquel que la dá una representacion honrosa en la sociedad.

Si es vanidosa y amante del lujo, le agradece que la proporcione la ocasion de lucir sus galas y su elegante casa.

Si es dulce y amante le agradece que la dé su ternura y su corazon.

En muchas esta gratitud basta para hacerlas amantes, porque el cariño se apodera insensiblemente de las almas agradecidas.

En otras el cariño nace con la maternidad.

Pero sea cualquiera su origen, este amor tranquilo, suave, dulce como la corriente de un arroyo, es el mas verdadero y durable en el corazon de la mujer.

Cariño sin pasion, pero tiernísimo, porque tiene por base el reconocimiento.

Cariño cuyo influjo bienhechor purifica el alma como un crisol.

La mujer vé en su esposo á su padre, á su amigo y á su amante.

Casi todas dejamos nuestras amistades de solteras desde que nos casamos.

Este cariño, sin embargo, no llega jamás al corazon de algunas mujeres porque sus corazoncillos son piedras heladas é insensibles.

Pero sea cualquiera el carácter, inclinaciones y sensibilidad de la mujer, de su marido depende, una vez casada, que sea de grado ó por fuerza lo que debe ser.

## VI.

Es una verdad innegable que la mujer recibe su segunda educacion de su esposo.

Una joven de diez y ocho años, no puede tener al casarse ideas fijas ni aun formado su carácter, y muchas mujeres que se enlazan de treinta lo tienen tan pueril como una niña de diez y seis.

De mí sé decir, que mi carácter era tan indeciso cuando me reuní con mi esposo que no merecia siquiera el nombre de tal.

La acertada direccion del hombre á quien uní mi destino, el conocimiento de mis deberes y el amor que le profesé han cambiado totalmente mis ideas y han obrado en mí una reaccion completa.

Apoyada en la experiencia, repito, pues, que la felicidad del hogar doméstico depende en primer lugar de la direccion del esposo en el



carácter de su esposa y despues de la buena índole de esta.

Casi siempre las faltas de la esposa son ocasionadas por las del esposo: la mujer se deja dominar por el despecho y es peligroso faltarle al decoro y dignidad que se le debe.

Hay tambien casos y no pocos en que un hombre de bien se vé ultrajado por una esposa, indigna madre de sus hijos.

En estos casos la debilidad del hombre es despreciable á mis ojos y todo su rigor me parece justo.

Mujeres conozco yo que cifran toda su virtud y todos los elementos de felicidad conyugal en ser fieles á sus esposos; pero que al mismo tiempo se creen autorizadas para ser soberbias, déspotas, iracundas; que malgastan ó derrochan imprudentemente en lujo los haberes de sus pobres maridos; que son murmuradoras, presumidas y que en su vida tocan una labor ni hacen otra cosa que lucir la mantilla por las calles.

Y si su madre ó sus hermanas se atreven á reconvenir las dulcemente, contestan con arrogancia:

—Estoy en mi derecho haciendo cuanto me acomode; para eso soy fiel á mi marido, al paso que otras muchas no lo son y tienen por qué callar.

Y los pacientes maridos de estas mujeres sufren por temor ó creen realmente que no tienen estas mas obligacion que cumplir que la de ser fieles.

¡Ah! Pobres mujeres y qué engañadas vivís!

El primer deber de la mujer es el ser fiel á su esposo, pero luego la quedan infinitos mas que cumplir.

Deber suyo es ser buena, apacible y resignada.

Deber suyo es conservar lo que su esposo gana y emplearlo lo mejor posible.

Deber suyo es cuidar del arreglo y economía de su casa y de lo que hacen sus criados.

Deber suyo es trabajar y vigilar para que sus hijos no estén ociosos.

Deber suyo es ser indulgente y amenizar la vida de su marido con sus desvelos y cuidados.

¿Sabeis lo que haceis creer vosotras, *virtuosas iracundas é insoportables*?

Que vuestra virtud es orgullo y que ni un átomo de amor hay en vuestros egoistas y helados corazones para el hombre que pasa su vida trabajando por vosotras.

Aun creo que os hice demasiado favor al concederos, con la generalidad, ese sentimiento de gratitud, innato en la mujer hácia el que la dá su nombre.

MARZO.

La gratitud no tiene cabida en vosotras, no! el lugar de este dulcísimo sentimiento le ocupó la triunfante alegría del orgullo satisfecho, porque ya no temíais que el mundo os designase con el nombre, para vosotras odioso, de *solteronas*.

## VII.

No quiero ocuparme mas de esos seres para echar la última ojeada al corazon de la mujer, segun yo le comprendo.

Creo, como antes dije, que el amor cambia el carácter de la mujer: si el hombre que se lo inspira es digno, si la ama á su vez, si hay en él esa mezcla de energía y ternura que cautiva tanto á los corazones femeniles, si la prodiga esas atenciones que tanto agradecen las organizaciones débiles y tiernas, el amor hará á la mujer buena esposa, buena madre, y, en una palabra, *el ángel de la casa*.

Olvidemos los contrastes de la vida; dejemos á esas mujeres nacidas para el mal; apartemos tambien la vista de esas infelices víctimas del abandono de sus esposos: si buscamos á la mujer en la tranquilidad del hogar doméstico, ó en el pedestal de la gloria que la han formado sus virtudes ó su talento, veremos que es dichosa por el amor y que el amor la ha elevado, la sostiene y la hace feliz.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

## NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

*De los bolsillos de punto en oro y en seda con intervalos.*

51. Comiéntanse estos bolsillos tambien por abajo como un bolsillo ordinario y con cuatro puntos dobles: y si estos están repartidos sobre cuatro agujas, es menester hacer crecidos en seguida, y esto á cada uno. Cuando se ha llegado á la línea de oro, que indica por lo comun el modelo ó dibujo, es necesario hacer un agujero de punto en punto, en el cual se puede en seguida entrelazar una crucecita de hojuela de oro, haciendo esta operacion todo al rededor del bolsillo. En cuanto al ancho, se cuentan sesenta y ocho puntos para la mitad del bolsillo, y ciento treinta y seis para la vuelta entera, siendo la seda medianamente gruesa. Luego que se ha llegado á lo alto del bolsillo, es necesario abrirla para hacer la boca ó abertura; y á este fin calcear cada parte del



revés y del derecho como un talon, no siendo ya circulares las vueltas. En seguida se hacen menguados, según lo exige, hasta que de sesenta y tres puntos no se quede mas que en veinte y cuatro, que se aseguran fácilmente pasando el hilo.

52. Concluido el bolsillo se le vuelve, y en los puntos de los lados se pasa en lo alto un hilo, con el que se hace aun una parte tan ancha como la mitad de él, lo que distingue esta especie de bolsillo por lo interior. Algunas veces se hacen puntos por dentro con hilo de oro.

53. También se hacen bolsillos con hojuelas de oro, las cuales deben ser muy delgadas, flexibles y ductiles para que no salten. Estas hojuelas tienen de ancho como una octava de pulgada, ó como una cañita de paja, y se le entrelazan con crucecitas cogidas con puntos del revés. Para que no se vuelvan, se las pasa por agujas de coser, cuyos ojos en vez de estar á lo largo, se encuentran al través. Hácense dos vueltas de agujeritos redondos, ó semejantes á los de gancho, en los cuales las hojuelas reciben la forma de una cruz doble, pasando por ellos. En seguida se corta cada cruz, y se baja lo alto de la hojuela: y por último se aplasta con un plegador.

#### *De los bolsillos de piña.*

54. Aunque vamos á dar despues un nuevo método de bolsillos en forma de piña preferible á este, no obstante diremos antes el que comunmente se usa. Comiénzase por la punta redonda con cuatro puntos dobles, con los cuales se hace una estrella igual al fondo de un gorrito, pero mas pequeña; al fin de los crecidos no debe tener mas que ciento veinte y seis á ciento treinta puntos. Dicha estrella se hace en seda verde, y el centro del bolsillo con seda de color anaranjado. Acabada la estrella, se hace á cada vuelta por cuatro ó seis series un agujero de calado ó de gancho, un menguado, cuatro puntos unidos, luego otro menguado, un agujero de calado, y en seguida dos vueltas, reemplazando los puntos con menguados; y despues dos vueltas con un crecido, y otro agujero de calado. Habiendo llegado así á lo alto del bolsillo, se vuelve á coger la seda verde y se hacen seis ú ocho vueltas de puntos ordinarios, despues de lo cual se hace otra vuelta que tenga á cada seis ú ocho puntos un agujero á punto de gancho ó calado, á fin de que sirva de jaretilla por donde pasen los cordones del bolsillo. Despues por cima de la vuelta así agujereada se hará de ocho en ocho puntos una pequeña tira, á manera de las que se hacen para las suelas de los escarpines, ó

como los picos de un gorro. Si queremos que salga mas bonito haremos tambien al comenzar algunas de estas tiras pequeñitas por debajo y antes de la estrella, las cuales concluidas, se va menguando continuamente para hacer la punta ó estremidad de la bolsa, y no deberá tener mas que cinco de dichas tiritas que harán veces de bellota ó extremo. Acabado ya de este modo el bolsillo, y cerrado por arriba con los cordones, parece una piña de Indias, por lo que se le da este nombre.

#### *De los bolsillos á punto de gancho.*

55. Esta labor de punto de gancho no solo puede servir para hacer bolsillos, sino para los demás objetos que se hacen con el punto ordinario. Es necesario para esto sostener ó sujetar el punto con bastante firmeza por medio de un molde redondo solamente por la parte de arriba, al que algunos llaman *molde turco*, guarnecido de *puntas* ó *dientes*, ó mas bien *puas*, para que retengan los puntos, y luego trabajar con un ganchito semejante á la aguja de bordar á tambor. Si se quiere hacer una faja de este punto, se la acomoda á uno de los lados del *molde* circular. Este punto es muy flojo, y como apenas se usa mas que para los bolsillos, solo hablaremos de él con relacion á dichos objetos.

56. Tómese el molde de boj, de figura redonda por la parte superior, guarnecido de puntas *i i*, (fig. 52, fol. 208) cuyo molde va estrechándose despues de algunas líneas y termina en un extremo cuadrado la mitad menos ancho que la parte de arriba, porque este no tiene que servir como los moldes de bolsillos á picos de feston, para conservar la forma de bolsillo. Al poner los puntos en dichas puas se hará con la seda un *nudo escurridizo*, que se mantendrá sobre cada una; y á la segunda vuelta se tomará una aguja de bordar puesta en su palillero, etc., y se pasará el ganchito por el primer punto formado por el *nudo escurridizo*. Luego se echa la seda sobre la aguja y se hace otro nuevo punto, poco mas ó menos que cuando se hacen con sola una aguja, alzando los puntos de un talon: de aquí resultará una serie de nudos escurridizos. Pero luego que se haya llegado al sitio en que el bolsillo ha de empezar á menguar, hay que consultar otro que sirva de modelo, y por él se verá el número de menguados que se necesitarán; los cuales se harán cogiendo dos puntos en uno con el ganchito ó aguja. Pueden hacerse vueltas de diversos colores en los bolsillos, como se dirá mas adelante hablando del punto de red; y tambien se pueden hacer agu-



jeros que se llaman de *gancho*, del modo siguiente: Pásase la seda dos veces al rededor de la aguja antes de meterla en el punto anterior, con lo que resulta un punto muy grueso; mas si la aguja entra en todos los puntos, es menester que los puntos prolongados y los gruesos pasen despues por un molde de red, con el cual se podrá hacer una hilera de red ordinaria. Bien sea antes ó despues de esta vuelta, se vuelve á introducir la aguja ó ganchillo en los puntos prolongados, producidos ya por la vuelta doble, ya por el molde, y se vuelve á comenzar el punto. Tales son las variedades de que son susceptibles los bolsillos; y además puede emplearse para ellos la seda floja preparada para los bolsillos de red, como se verá mas adelante.

#### *Del arte de hacer encages.*

1. Compónese este arte de la hechura del mismo encage, en lo principal, y en lo accesorio del punto que se llama de encage, y del modo de componerlos. La primera parte se divide en *encage* propiamente dicho, esto es, un ligero tejido hecho con hilo sobre una almohadilla; en *blonda*, ó un tejido igual al anterior, pero con seda blanca ó negra en vez de hilo; en *punto* ó encage trabajado siempre con la aguja; y en *tul*, ó sea la tira de encage, con picos ó con orilla por ambos lados. Sin embargo de estas diferencias, es muy comun el confundir las denominaciones de *encage* y *punto*; así se oye decir indiferentemente *encage* ó *punto* de Bruselas, de Alençon, etc.

#### *Del encage.*

Comenzaremos, pues, á describir el encage que se hace sobre el bastidor y con bolillos.

Este bastidor que se llama *mundillo*, se compone de una caja ó especie de mesita, por lo comun ovalada: que tiene la forma de un *cuadrilongo*, fig. 56, fol. 208, el cual deberá estar mas levantado por la parte ó estremidad que forma el lado posterior del cuadrilongo, para que se trabaje con mas comodidad, á la manera que se observa en un pupitré, se forra bien con tela y se rehíne como un asiento de taburete. En medio tendrá una escopladura ó muesca, en que entre el cilindro *c*, cuyo eje pasa por un agujero hecho á cada lado de una caja, que se coloca debajo de este cuadrilongo en el lado por donde alza mas. Este cilindro (1) se forma

con otro mas estrecho de madera que va en el centro, el cual ó se cubre con muchos pedazos de lienzo unos sobre otros, ó mas bien se rehínen con lana, pelote, algodón sin hilar, ú otra cualquiera cosa equivalente, en que se clave con facilidad un alfiler y pueda cubrirse con tela muy tirante. Una tablita que se mueve por medio de un perno, sirve para cerrar el resto de la abertura en todo lo que es mayor que el cilindro, ó lo que es lo mismo, tapa la parte de abertura que deja descubierta el cilindro, y por la cual ha pasado este, y así cubre la cajita en que va cayendo el encage á medida que se hace, habiendo además en dicha caja ó hueco una ó dos gavetillas á fin de sacar el encage concluido.

3. A este bastidorcito ó *mundillo* es preciso añadir: 1.º una multitud de *bolillos* en los cuales distinguiremos tres partes: 1.ª el *puño p* (fig. 57, fol. 208), hecho en forma de pera bien redondeada, la cual coge entre sus dedos la encagera para mover el bolillo: 2.ª la *caja bc*, que sigue inmediatamente debajo del puño, que tiene la figura de una canilla y hace los mismos oficios: y 3.ª la *cabeza xx*, que tambien se semeja algo á la canilla, pero tan pequeña que solo parece una muesca. 2.º Unas *cajetas ll*, que son pedacitos de asta, de hueso ó de marfil, muy pequeños, que no tienen mas altura ni mas hueco que la muesca de los bolillos; su destino es cubrir los hilos é impedir que se venteen ó piquen, y estas cajetas corren por las dos estremidades. Ultimamente se ha inventado el vaciarlos en asta, dándoles algo mas de fuerza, y entonces se les da figura cilíndrica hendida á lo largo: hendidura que por elasticidad de ellos puede estenderse solo con los dedos cuando se quiere que entre la cajita, y por la misma causa se cierra luego espontáneamente, quedando el hilo enteramente envuelto. 3.º Un *patron* hecho en pergamino verde, sobre el cual se hallarán picados todos los agujeros y representadas las flores del encage que se quiere hacer, cuyo patron ó dibujo se cose al rededor del cilindro, advirtiendo que la costura que une las dos puntas, debe hacerse con mucho cuidado para que no se perturbe la serie de los agujeros. 4.º *Alfileres* de metal largos y delgados, fuertes y flexibles al mismo tiempo, para que cedan á la accion de los bolillos y aseguren el punto y los hilos. 5.º *Cintas* que se aseguran con alfileres ordinarios desde la abertura de la caja ó cavidad, y sobre el cilindro á cada lado, para impedir que se vuelva de arriba á abajo en dicha concavidad. 6.º Otros alfileres muy grandes casi tan largos como las agujas de hacer media, y terminados por una bola de cera ó de madera, para tener los pa-

(1) Cilindro es un cuerpo redondo en forma de columna sin base ni capitel, como por ejemplo, un cañon de fusil.



quetes de bolillos cuando es necesario.

(Se continuará.)

## LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

*Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*

**Contra Pereza Diligencia.**

SEGUNDA PARTE.

I.

IL DOLCE-FAR-NIENTE.

¡Cara poltronería, numen gradito,  
De gli'homini piacer, gloria é diletto!

M.

La posición de la Bonmarché era desde la declaración de Ascanio en extremo difícil. Obligada á mentir amor al amo por interés, empezaba á serle insoportable el continuo quejido que arrancaba al propietario su constante dolencia. El mal humor que experimentaba Chateau-fort casi á todas horas, su rostro lívido y enjuto como el de una momia, nunca le habían parecido tan antipático, y solo al reflejo de los diamantes que iba sórdidamente acumulando, podía Magdalena resignarse á seguir sufriendo tan enojoso yugo. ¿Pero cómo era que nunca había reparado hasta entonces en las desventajas de los dotes del opulento plantador? ¡Ah! esforzándose en ocultar entre las sombras del más recóndito misterio sus relaciones con el mulato, Magdalena no podía menos de establecer constantemente una comparación de la que siempre salía victorioso el hombre de color.

Ascanio era alto, bien formado, un tanto feroz pero dulce y fascinador cuando hablaba de amores, y Magdalena conocía que no era solo el miedo de ver revelado un secreto que la hundía el que la obligaba á escuchar las ardientes declaraciones del mulato; no, allí había una inclinación secreta, una simpatía aunque no de las más delicadas, la simpatía de la mujer ajada y desechada por la sociedad, que ansia el amor del hombre joven y valiente, como si aquella llama pudiese rehabilitar las muertas y olvidadas cenizas de sus pasadas ilusiones.

Magdalena vivía entonces en un estado de

inquietud que coloraba con un rosado matiz sus pálidas mejillas y la hacía parecer más joven. Siempre alerta para que Chateau-fort no sorprendiese nunca las miradas que cambiaba con el mulato, siempre alarmada por el temor de verse sorprendida, siempre haciendo comprender á Ascanio que sus atenciones con el plantador no eran más que una farsa que el interés exigía, llevaba una vida llena de peripecias, de sustos, de intriguillas que la hacían recordar á todas horas los alegres días de la ópera-cómica.

Ascanio por su parte se creía completamente feliz: sin matarse en profundizar el valor real del cariño que le manifestaba Magdalena, se contentaba con los signos exteriores y se abandonaba á su pasión con toda la vehemencia de los de su raza.

Queriendo disminuir la distancia que le separaba de la ilustrada francesa, Ascanio se hizo estudioso, meditabundo, dulcificó su voz, afinó sus modales y logró al fin colocarse al nivel de las personas que llamamos vulgarmente "de sociedad."

Magdalena estaba encantada con aquella transformación casi increíble y que solo el amor pudiera haber operado en tan poco tiempo. Chateau-fort asustado con aquella inesperada civilización, interrogaba sin cesar á Magdalena con sus miradas escrutadoras, pero la institutriz respondía siempre con una sonrisa cariñosa, y en cuanto á Ascanio, aunque tan fino y sociable, afectaba hacia algún tiempo una marcada indiferencia hacia la Bonmarché.

Una mañana entró Magdalena en la habitación de Silvina con los ojos radiantes de alegría y buscando con la vista algún objeto.

—¿Qué sucede, mi querida Bonmarché? preguntó Silvina incorporándose á medias en su lecho y tendiéndole la mano como de costumbre.

—¡Ah! mi querida María Antonia! exclamó Magdalena dirigiéndose á la negra que asomaba su rizada cabeza por entre las cortinas de gasa, bien sabía yo á quien dispensaba mis beneficios! ¡Oh! qué día tan feliz para mí!

—¿Habla su Melsé conmigo? preguntó María Antonia abriendo sus grandes ojos, como para comprender mejor á Magdalena.

—Sí! sí, querida mía, respondió la institutriz, tomando su aire teatral favorito; con vos, con todos los desgraciados esclavos, que de hoy más bendecirán mi nombre, y podrán alzarse hasta los blancos.

—No comprendo mi ama.... respondió la nodriza encogiéndose de hombros, y mirando á la francesa de hito en hito.

—Hablad más claro, murmuró Silvina de-



jándose caer perezosamente sobre las almohadas, ¿no veis que mi pobre María... Antonia... apenas comprende el castellano?

—Ah! es verdad! se me olvidaba que la civilización no se ha extendido todavía hasta esa desgraciada raza de esclavos.

—Pero hablad por fin ¿qué sucede? volvió á preguntar Silvina, no pudiendo ocultar su disgusto de que hubiese turbado su apacible sueño.

—Hay, mi querida niña, respondió Magdalena con entusiasmo, que conociendo Laura que para mi corazón desinteresado no existe recompensa mas noble que la gratitud, ha querido probarme todo su agradecimiento ofreciendo á vuestro padre dar lección de leer y escribir á los esclavos del ingenio en los días de fiesta.

María Antonia salió precipitadamente de entre las cortinas, y exhaló un grito de júbilo casi salvaje, batiendo las palmas con alegría.

Silvina se habia quedado inmóvil como quien vé visiones.

—¡Oh, generosa niña! proseguía Magdalena enjugando sus rubicundos párpados; estender el tesoro de la inteligencia que recibió de mí! ilustrar á los pobres esclavos que no tienen idea de la luz!

Silvina que no queria dar crédito á las primeras palabras de la Bonmarché, soltó entonces una carcajada casi estúpida, murmurando con tono satírico.

—Ea, corred de nuevo las cortinas y dejadme dormir.

La nodriza y Magdalena cambiaron una mirada encogiéndose de hombros, y salieron en silencio.

Magdalena, á pesar de su conocimiento del mundo acababa de verse herida en su parte mas débil, la vanidad.

En cuanto á María Antonia, idólatra de los de su raza, era la primera vez que se habia atrevido á desaprobare las palabras de la niña, y su expansivo agradecimiento indemnizó cumplidamente á la Bonmarché del disgusto que la causara la satírica risotada de su señora.

El que no cabia en sí de gozo era Palmerolles; creyendo apenas en los progresos que hacia de día en día su querida Laura, experimentó una especie de miedo al oír la oferta que ella misma habia hecho al plantador de enseñar á todos los esclavos jóvenes, sacrificando á su enseñanza los días de fiesta, que eran para su vida activa los únicos en que disfrutaba algunas horas de descanso.

—Pero mi querida niña! le dijo el plantador admirado de tanta abnegación en una joven de 18 años; tú estás ahora en los mejores

días de la juventud, tú vas á sacrificar las horas que tienes de descanso á una enseñanza que hoy será para tí una distracción y mañana podrá parecerte una carga pesada.... créeme, hija mía, tú necesitas el descanso mejor que otro alguno... tú...

—¿Y qué mérito tendria mi trabajo si no tuviese yo que hacer algun sacrificio? No os habeis sacrificado vos por enriquecer mi alma con conocimientos que nunca hubiera emprendido sin vuestra generosa protección? Ah! no señor, mi resolución es invariable.

Chateau-fort la abrazó con efusión exhalando un doloroso suspiro y prodigándola los nombres mas tiernos.

El plantador no habia podido evitar la comparación de su hija dormida en la mayor indolencia, con aquella niña modelo, que habia recibido algunas lecciones de caridad, y que anhelaba sacrificarse por sus esclavos, pero escondió su vergüenza en lo mas recóndito de su alma.

—¡Laura mia! le dijo su madre cuando volvía de la casa del plantador; tú acabas de imponerte una obligación de las mas amargas; quiera Dios, hija mia, que no te arrepientas muy pronto de tu generosidad.

—Pero madre ¿no me ha enseñado á mí gratuitamente la señora Magdalena? pues bien, yo tengo contraída la misma deuda con los infelices que lo ignoran todo.

—Pero tú no sabes lo que son los negros, Laura, añadió Palmerolles que se habia quedado algun tanto pensativo; tú no sabes lo que es esa raza ardiente, vengativa, ingrata y estúpida por excelencia.... Ah! pobre hija mia! cuántas lágrimas han de derramar tus ojos en esta ímproba tarea!

—Me asustais!.... respondió Laura palideciendo á pesar suyo; pero despues de todo ¿no aman los negros á sus hijos?

—A sus hijos?... por supuesto.

—Pues bien, dado caso de que mi empresa me cueste algunas lágrimas, ¿no quedará bastante recompensada con la sonrisa de una madre que me bendiga, como tú bendecías á la señora Magdalena?

Palmerolles abrió los brazos y Laura se precipitó en ellos enlazándose á su cuello como un flexible junco.

A la caída de la tarde Laura partió acompañada de su padre para Chateau-Fort á pasar algunas horas en compañía de Silvina.

La perezosa se hallaba entonces en una de las habitaciones que daban al jardín.

Reclinada en su butaca de raso que habia hecho colocar cerca de la puerta del cenador, parecia una bellísima estatua de Niobe, guar-



dada por M.<sup>a</sup> Antonia, que colocada como siempre á sus pies la miraba con una especie de adoracion, enorgulleciéndose de verla tan hermosa.

Llevaba Silvina un elegante traje de raso de color de rosa escotado y sugeto sobre el pecho por un ramo de camelias de color de fuego. Sus brazos gruesos y torneados cubiertos de brazaletes, ostentaban la blancura del marfil un poco sonrosado y sobre sus cabellos negros y abundantes brillaba un gracioso prendido de color de fuego sembrado de oro, que Magdalena habia colocado con toda la maestría de una dama de teatro.

A su espalda estaban de pié dos esclavos jóvenes, que agitaban lentamente sobre su cabeza fantásticos abanicos de matizadas plumas.

Delante de Silvina estaban colocadas en círculo todas las niñas y jóvenes esclavas pertenecientes al ingenio de Chateau-Fort, destinadas al servicio de la niña con el único objeto de distraerla y hacerla reir en sus momentos de mal humor. Nada mas interesante que aquel grupo de rostros infantiles, todos negros, todos chatos, todos mostrando sus blancos dientes y riéndose estúpidamente en frente de su joven ama, como el bufon en frente de su señor.

Las jóvenes como las niñas llevaban el vestido corto, los brazos y el cuello desnudos y la cabeza descubierta. Las jóvenes llevaban en la mano una pandereta llena de cascabeles; las niñas ostentaban en sus melenas ensortijadas como las de una oveja merina, algunos lazos de color de fuego que les daban cierto aspecto diabólico, como el de los espíritus infernales de una comedia de magia.

A pesar de encontrarse en los bulliciosos días de la infancia, las negritas que comprendian harto bien su desgraciada posicion, aguardaban en un profundo silencio las órdenes de su señora, que al cabo de largo rato, se enderezó un poco en su butaca tocando con el pié á María Antonia para indicarla que hiciese comenzar el baile.

María Antonia exhaló un grito particular, y en el mismo instante las jóvenes de la pandereta empezaron á cantar bailando al mismo tiempo y acompañándose con el pandero:

„Mas allá de Caracalla  
Yo tenia un cafetillo  
Y todo el café que daba  
Se volvió caracolillo.“

Las niñas comenzaron entonces el mas extraño y fantasmagórico baile, agitándose sin cesar en movimientos irregulares y voluptuo-

sos, gritando, saltando y haciendo caprichosos gestos, pero siempre con gracia, siempre á compás y cantando á coro para finalizar el primer paso:

„Café molido  
del superió,  
á real la libra  
lo vendo yo.  
Que si, señó!  
que si, señó!  
á real la libra  
lo vendo yo!“

Y con un redoble de pandereta volvió la pequeña cuadrilla á colocarse en círculo para empezar de nuevo.

Silvina y María Antonia reian á mas no poder al ver aquellos energúmenos con sus gestos indescriptibles, y sus dedos índices levantados como los de una figurilla chinesca, cuando la mas atrevida de las negritas se acercó corriendo, besó la orla del vestido de su señora é hizo dos ó tres gestos á cual mas horrorosos, arrojándole Silvina en recompensa unos cuantos medios de plata (1).

La cuadrilla empezó de nuevo otro rondó, cantando al son de la pandereta:

„Señá María Salvador,  
dígame usted si es verdá,  
que todas las que se casan  
han de llevar cafetal.  
Café molido, etc., etc.“

En aquel momento entró Laura.

—Bien venido, maestro Séneca! dijo Silvina con amarga ironía: venga V. á que yo tenga el honor de besarle la mano.

Laura pasó por entre las negras que permanecian en silencio y se acercó sin vacilar; pero su rostro pálido estaba mas encendido que de costumbre.

Silvina le tomó la mano, hizo ademán de besársela y volvió á reir de nuevo mirándola de hito en hito.

Laura no sabia qué decir, y fijaba sus ojos en María Antonia que la contemplaba con una dulce sonrisa.

—Vamos, María Antonia, añadió Silvina haciendo señal á Laura de que tomase asiento á su lado: que bailen esas niñas otro paso.... de los mas alegres.... entiendes? El señor maestro habrá de ser indulgente por esta tarde.

La nodriza dió entonces otro grito algo di-

(1) Medio real fuerte, diez cuartos y medio de nuestra moneda.



ferente de los primeros, y batió dos ó tres veces las palmas.

Las niñas volvieron á emprender el baile, pero un baile sembrado de gestos y movimientos indecorosos siempre al compás de la pandereta, y cantando á coro:

„Usté no es náa,  
usté no es náa,  
usté no es chia (1)  
ni limonáa:  
usté no sirve,  
señó pa náa.”

Silvina que reía á carcajadas, levantó su rosada mano y la cuadrilla desapareció haciendo ridículas y repetidas reverencias.

—Adios, Silvina, dijo Laura levantándose y dirigiéndole una mirada de dulce reconven-  
cion.

—Eso no, respondió Silvina con mas energía que de costumbre y alargándole la mano para detenerla: esto no pasa de ser una broma.... vamos, no te enfades, yo creí que no lo tomarías en mal sentido.... siéntate aquí á mi lado.... he reido mucho esta tarde, y quiero que me hagas compañía por algunos momentos.

Laura naturalmente generosa y encadenada á Silvina por su precaria posicion, se sentó de nuevo procurando olvidar la grosera chanzoneta que acababa de tener lugar.

Dotada Silvina de una imaginacion despejada y medianamente fecunda, su pereza, si bien amortiguaba de día en día sus facultades morales, no habia logrado cegarlas por completo, dejando brillar de vez en cuando algunos rasgos de ingenio ó mas bien de *esprit* como dicen los franceses, que demostraban bien á las claras lo que hubiera sido la niña entregada en mejores manos. Por eso, aunque abandonando por molestas hasta las labores mas insignificantes, hallaba Silvina un placer singular en escuchar las picarescas narraciones de Magdalena, acostumbrándose poco á poco á su punzante y satírico estilo.

—¿Pero de qué has reido tanto esta tarde? preguntó Laura mal repuesta todavía de su choque.

—Vamos.... seria cosa de nunca acabar, si hubiese de referirte todos los incidentes cómicos que tienen lugar en esta casa. Yo, Laura, no me ocupo ni quiero ocuparme de nada que no sea el descanso; por eso me importa poco la baja ó la alza del capital, y todos los tesoros del mas rico propietario no valen para

mí lo que dos horas de sueño en una cómoda butaca.

Pero no puedes figurarte el placer que me causa ocuparme algunas veces de la chismografía doméstica; lo que yo gozo en oír los altercados de María Antonia y la Bonmarché, pobres mujeres esclavas ambas de mi capricho; la repentina civilizacion de Ascanio, y qué sé yo cuántas cosas!.... Pero ya voy hablando demasiado.... oh! esto de hablar seguido es un trabajo grande, muy grande. ¿Qué dulces son los monosílabos!

—Vamos: ¿pero qué es lo que ha sucedido hoy? acaba.

—Caramba! eres tan exigente.... y yo estoy cansada.... muy cansada: no seria mejor que durmiese un poco?

Laura no pudo disimular el disgusto que la causaba aquella proposicion.

—Vamos, será preciso complacerte para que no arrugues el ceño.... pero seré breve, muy breve.... Hoy es un día fatal para los enfermos crónicos.... Magdalena no cesa de quejarse de su histérico; y papá.... oh! papá está hoy célebre con su dolor del hígado.... estoy segura de que haria desollar vivo al esclavo que incurriese en la menor falta.... ja, ja, ja!

Laura miró fijamente á Silvina, maravillándose de que encontrase en aquella suposicion brutal ningún aliciente para reir.

—Vamos, no me atormentes mas, añadió la perezosa con una negligencia que no carecia de atractivo: déjame dormir un momento, Laura mia.... despues estoy á tus órdenes.... á tí no te faltará un libro.... el piano.... qué.... sé.... yo....

Y Silvina se acomodó en su butaca, segun costumbre, y á los dos minutos dormia profundamente.

Laura contempló algunos momentos á Silvina con un sentimiento particular, que tenia mucho de melancólico. Tanta felicidad le causaba envidia, tanta imbecilidad en un alma tan bella le inspiraba lástima.

—Pobre Silvina! exclamó al fin dejando rodar por sus mejillas una lágrima que no pudo contener: pobre rica! pobre amiga mia! ah! tú no tienes madre!

Laura sintió entonces en lo mas recóndito de su alma un amargo resentimiento contra Magdalena que tan mal habia dirigido aquellas excelentes disposiciones; pero la gratitud la hizo avergonzarse instantáneamente, y para alejar aquella idea corrió á sentarse al piano que yacia abandonado y cubierto de polvo.

Magdalena que era la única que de vez en cuando se dignaba despertar en él algunas armonías monótonas para dormir mejor á Sil-

(1) Chia, agua para refresco llamada tambien agua  
loja.



vina, preocupada, y constantemente de mal humor, hacia ya muchos días que se había olvidado de la música.

Laura empezó á recorrer distraidamente las escalas, luego tocó una cavatina, luego otra, y concluyó por entregarse de lleno á su pasión musical con el entusiasmo de un artista que canta delante de un público numeroso y diletante. La voz pura y sonora de la hija de las montañas, se alzaba mas noble y cadenciosa en aquella soledad que interrumpían tan solo los ronquidos de Silvina, y los tímidos aplausos de María Antonia, que sacudiendo su letargo fijaba en Laura sus negras pupilas radiantes como dos luceros.

Cuando Palmerolles acompañado de Chateau-Fort entró en el salón en busca de su hija, Silvina continuaba durmiendo tranquilamente.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

*La Razon Católica*, revista mensual de religion, ciencias, literatura y artes, ha sacado de entre el polvo de los archivos una perla de gran valor, una poesía inédita de uno de nuestros grandes clásicos, publicándola en la parte literaria de su último número, y recomendando su lectura con estas ocho palabras: *la escribió el Maestro Fray Luis de Leon.*

Después de pronunciado el nombre de su autor, sería inferirle un agravio el encomiarla por nuestra parte. Pero esto no quita para que se nos conceda el singular placer que tenemos en conversar con el mas querido de nuestros poetas, haciendo algunas ligeras reflexiones sobre los preciosos versos de que se compone.

*Renunciacion del mundo y conversion del pecador*, lleva por título esta composicion. ¡Lástima que joya de tanto precio se hubiera escapado al cielo del Maestro Merino, que es sin disputa quien ha publicado la edicion mas pura que tenemos de las obras del insigne religioso! La tierna naturalidad de Tibulo y Garcilaso, la profunda filosofía de Horacio y Argensola, la valentía de Homero y Herrera, el suave misticismo de San Juan y de Granada, todo se halla reunido en la *Conversion del pecador*. Nada falta á esta sublime produccion para que pueda considerársela como el mejor y el mas acabado de los poemas *la obra de la justificacion*, tierna epopeya de la misericordia divina, de la caridad cristiana, perfumada con los suavísimos aromas del misticismo que parece rebosan del alma del poeta; porque es imposible,

de todo punto imposible explicar los misterios de la Gracia, el ardor del amor divino con la vehemencia que se percibe en cada una de sus estancias sin sentirse inspirado por Dios, sin abrigar en el entendimiento la fe de un Apóstol y en el corazón la caridad de un serafín. En vano sería buscar en las estrofas de esta galana composicion las nubes de rosicler, perfumadas con el aliento de las azucenas, los susurros del serpenteante cristal, los voluptuosos éxtasis del amor romántico, ó las nacaradas ilusiones, que en forma de auríferas mariposas revolotean en torno de los vates del siglo XIX. La poesía de la palabra es el triste recurso con que se pretende en vano llenar el vacío del entendimiento, la carencia de fantasía, la falta de inspiracion,

"Digna tan solo  
Del sacro lauro del divino Apolo,"

como ha dicho en su *Arte poética* uno de nuestros mas distinguidos literatos. Sin apelar á esa fraseología de efecto, á *esos golpes de brocha gorda*, segun la gráfica expresion de los críticos modernos, el Maestro Leon ilumina, convence, mueve, arrebató al lector hasta hacerle derramar lágrimas de placer con sus cadenciosos versos, que se deslizan uno tras otro con la fluidez de la tranquila corriente. ¡Con qué naturalidad y al mismo tiempo con qué exactitud describe la situacion del pecador arrepentido en los dos primeros versos:

Metido andaba en vanas alegrías  
Sin tí, mi Dios, de mí mismo olvidado....

¡Qué oportunidad en la invocacion, que á la par espresa con una armonía imitativa, imposible de mejorar, el acto de escribir! Parece que se le está viendo levantar los ojos al cielo: tomar la pluma, y luego trazar estos renglones:

Poniendo en tu bondad mi pensamiento,  
Con grande sentimiento,  
Tomando tinta y pluma,  
Estos versos compuse,  
Donde entre mis maldades tambien puse  
De tus misericordias una suma.

Si de la introduccion pasamos á las quintillas, que es el metro que adopta en su oda, veremos como se eleva hasta el punto de no echarse de menos en una composicion de este género la magestad del verso endecasílabo italiano, demostrando que sabe manejar las quintillas en tono heróico tan bien ó mejor que otro vate de nuestro Parnaso el romance, cuando dijo:

Tú eres, Señor, te descubro  
Entre el manto de tinieblas,



Conque misterioso al mundo  
 Tu faz y tu gloria velas.  
 Tú eres, Señor; de tu carro  
 Retumba la ronca rueda...

Comienza el penitente bardo admirándose de la misericordia de Dios, y no sabiendo cómo espresar su asombro, se vuelve loco, y, lo que es mas, acusa á los que de loco le tachan, de esta suerte:

Quando contemplo lo poco  
 Que pides al pecador  
 Para volverle á temor,  
 De placer me torno loco,  
 Viendo tu bondad, Señor.  
 Y es tan justa esta ocasion,  
 (Aunque la conocen pocos)  
 Que donde hay tanta razon  
 Los que no se tornan locos  
 Esos son los que lo son.

¡Qué vigor y qué lógica en estos tres últimos versos!

Pretende ponderar la pequeñez del sacrificio que Dios pide al alma penitente, y le llama Padre, con lo cual se deja entender lo fácil que es de contentar por sus hijos. Al cantar su misericordia, da una prueba de humildad el poeta místico por escelencia, manifestando que no sabe decir todo lo que siente:

Diré aquí mi sentimiento,  
 Aunque no con la eficacia  
 Conque en el alma lo siento.

Cual sea este, puede conocerse leyendo las siguientes estrofas:

En no estando Tú conmigo  
 Se turba mi entendimiento;  
 Y de esto me es buen testigo  
 Ver que por un vil contento  
 Quebré la amistad contigo.  
 Y esta es prueba suficiente  
 De mi ninguna cordura:  
 Porque ¿qué mayor locura  
 Que trocar tan fácilmente  
 Criador por criatura?

Quando quiere ponderar la paciencia del Divino Cordero dice:

Que me atreveré á decir.  
 Que otro no tal como Tú  
 No me pudiera sufrir.

Es la hipérbole mas delicada que puede usarse para ensalzarla. No le basta esto; necesita mas, y para satisfacer su necesidad tampoco se contenta con repetir, como se hace generalmente: *No deseo la muerte del impío, quiero que se convierta y viva*, sino que prorrumpe en esta magnífica quintilla:

MARZO.

De suerte que yo entendia  
 En ofenderte pecando;  
 Y tú, Dios y gloria mia,  
 En andarme conservando  
 El tiempo en que te ofendia.

Despues busca de la ofensa un motivo para ensalzar la bondad del ofendido, obligando á Dios á manifestarla de este modo:

Solo esto bueno han tenido  
 ¡Oh soberano Señor!  
 Las culpas que he cometido;  
 Y es, que descubren mejor  
 La bondad del ofendido.

Añadiendo:

Que muy mejor estuviera  
 Encubierta, que ofendida.

Al pedir á Dios un propósito firme de la enmienda, acordándose de que *todo don precioso viene de lo alto*, lo hace así:

Mas, pues no se puede hacer  
 Que lo que fué no haya sido,  
 Dame tú, Señor, querer,  
 Con que quiera mas no ser,  
 Que ser y verte ofendido.  
 Pero aun no puedo querer,  
 Si para esta voluntad  
 Tú no me das el poder.

Y luego comenta este texto de un Santo Padre: *quando Dios premia nuestros méritos, recompensa en ellos sus beneficios*, con la claridad y energía de que él solo es capaz:

No puedo cosa sin Ti:  
 Tú vences, tuya es la palma;  
 Mas, porque yo venza en Ti,  
 Haz que viva en Ti mi alma  
 Y Tú en lugar de ella en mí.

Por si alguno le preguntase cual es el mayor enemigo que en la lucha tiene que vencer, al punto contesta con la doctrina cristiana: la carne.

Porque para castigalla,  
 He de dar el golpe en mí.

Haciendo luego la siguiente paráfrasis de aquellas terribles palabras que dirige á los fieles la Iglesia el día de Ceniza: *polvo eres y en polvo has de convertirte*.

¿No sabes que ese tu ser  
 En tierra se ha de volver?  
 ¿Pues de qué te ensalzas tierra?  
 Tierra, ¿qué piensas hacer?  
 Si por verte entronizada  
 Vas buscando libertad,  
 Dale á Dios humilde entrada,  
 Y quedarás endiosada  
 Y llena de majestad.



¡Qué locucion tan atrevida y al mismo tiempo tan cristiana, *endiosar* esa misma tierra que poco antes vilipendiaba!

Pero donde, si cabe, luce mas su elevacion la musa de Fray Luis, es en los afectos, en la ternura con que espresa su amor á Dios, en la delicadísima é ingeniosa manera de disculpar sus extravíos. Parece que estamos oyendo al *Esposo* llamando á su mística *Esposa* en el Cantar de los Cantares, oyéndole espresar su pasion: *como el ciervo sediento deseando hallar una fuente*: así desea que llegue á él el Amado de su corazon y de su alma. Oigámosle:

Llega, mi Dios, que ya dice  
Que es tuya, y que por tí muere:  
Ya el espíritu te quiere,  
La carne no contradice:  
¿Pues por qué quieres que espere?  
¿Señor, tú no la llamabas?  
Pues ya te quiere y adora;  
Mas, justo es que espere agora;  
Pues cuando tú la rogabas,  
Hizo muy de la señora.

Y como yo en mi placer  
Tan embelesado andaba,  
Dejaba de responder,  
Porque no echaba de ver  
Que eras Tú quien me llamaba.

¿Puede darse excusa mas ingeniosa?

Vuelve, Señor, vuelve á mí,  
Y yo te prendo mi fé  
Por la que un tiempo te dí,  
Que por hospedarte en mí,  
De mí mismo me saldré.

Tanto, tanto, es el amor del poeta para con su Dios, que, aun desdeñado, asegura le buscará hasta la muerte.

Porque aquel que por hallarte  
Da en las manos de la muerte,  
Seguro tiene el gozarte;  
Pues yo sé que sin tenerte,  
Ninguno puede buscarte.

Poco despues justifica el desvío de su Amado, poetizando así un adagio vulgar:

La razon, Señor, te sobra  
En dilatar don tan santo,  
Pues entendemos por obra  
Que lo que presto se cobra  
No suele estimarse en tanto.

Mas para inclinarle á que venga á él sin dilacion, le manifiesta como ya ha esperado lo bastante para estimarle, cual se merece, de esta manera:

Y si por solo esto estás  
Tanto tiempo detenido,  
Llega ya, si eres servido,

Pues aunque no tardes mas,  
Serás en mucho tenido.

Difícilmente cabe dar una idea mas exacta, mas grande ni mas terrible del pecado, que la que se forma el lector oyéndole decir:

Y mi ciego entendimiento  
Quede corrido, de ver  
Que tuvo vano placer  
Ocupando el pensamiento  
Donde Dios pudo caber.

Por eso hace el propósito de no ocuparle en adelante sino con Dios, de no admitir en él sino á los que le hablen de su amado:

A lo menos sea tan fiel  
Que si alguno recibiere  
No se detenga con él,  
Si acaso el tal no viniere  
A tratar negocios dél.

Renunciando á cantar otras glorias que las de su Señor, el que tambien supo cantar la *Vida serepa* y la *Profecía del Tajo*:

La vana musa podrá  
Dejar su estilo fecundo,  
Y pues dél me aparto ya,  
Todo lo que sabe á mundo  
Se quede de hoy mas allá.

Mas no por eso pretende el derecho de *comprender* á Dios, como en su soberbia, y con menos mérito sin duda, intentan los filósofos modernos; no: el que tan bien supo explicar el *ruido de las celestes ruedas*, se contenta con solo conocerle y seguirle, como la oveja á su pastor:

Porque vuestra Majestad  
Como es tesoro infinito,  
No puede hallar igualdad  
Segun su capacidad  
En vaso que sea finito.

Y así, pues, no puedo haceros  
Servicio con que igualaros,  
Quiero por siempre alabaros  
Y á lo menos ofreceros  
Esto que tengo que daros.

Pero ¿qué es lo que le ofrece? no una parte, todo su ser; y sin embargo le parece indigna la oferta:

Mi cuerpo y alma os ofrezco  
Como á verdadero Dios:  
Por amaros me aborrezco,  
Y digo que aun no merezco  
Aborrecerme por Vos.

Es cuanto puede decirse.

Llegamos á la satisfaccion, y aquí se explica como lo que era, como un gran teólogo, como el espositor de *El libro de Job*, y á la vez con la delicada elegancia de un poeta de primer ór-



den, jurando reparar el escándalo por la fe de pecador que

Aunque es fe de pecador  
Yo doy mi fe de cumplillo.  
Por ese mundo andaré  
Y á los que á pecar moví,  
¡Oh mis hermanos! diré,  
Si pecáis porque pequé  
Péseos, pues me pesa á mí.  
Y si acaso, cual confío,  
Yo no pudiere ir do están,  
Sepan el intento mío,  
Y en mi lugar les envío  
Estos versos que aquí van.

Al concluir invoca lo mismo que al empezar, el auxilio de la Gracia, recordando á Dios sus beneficios, para que le conceda otros nuevos, que es el modo mas singular de pedir. No creyendo suficiente esta satisfaccion, desea pagar por completo la deuda, siquiera sea con lo ageno, ó con lo que el acreedor le preste: por eso dice:

Para que ya que yo quedo  
Tan corto en cosa tan alta  
Haya quien supla mi falta,  
Que para lo que yo debo  
Es mucho lo que me falta.  
Y si todo no bastare  
Para ganar tanto amor,  
Vuestro infinito valor  
Suplirá lo que faltare,  
Pues lo puede hacer, Señor.  
Porque Vos, ¡oh Sumo Dios!  
Sois como el profundo mar,  
Que cuanto os podemos dar  
Todo nos viene de Vos  
Y á vos mismo ha de parar.

La quintilla final es la última espresion del amor divino que puede sentir el alma cristiana que vive muriendo, y muere viviendo en su Dios. Héla aquí:

En este verso postrero  
Pido me saques de mí,  
Jesus, mi amor verdadero:  
Recíbeme, Dios, en Tí,  
Que en Tí vivo y en Tí muero.

No de otra manera exclamaba el apóstol S. Pablo, inflamado por la caridad: *deseo morir para descansar en Cristo.*

Conocemos que nos hemos ido alargando insensiblemente hasta fatigar á nuestros lectores; pero ¿á quién no arrastra la flúida vena del Maestro Leon? ¿Quién es capaz de cansarse oyéndole? ¿Quién se fastidia reconociendo la belleza que encierra la composicion que acabamos de analizar? Fray Luis tiene el privilegio de reunir tales y tantas bellezas en sus obras, que nunca puede volvérselas á leer sin encontrar en ellas alguna nueva: es un manan-

tial inagotable, es una fuente Helicon donde los amantes de la estética, y aun los que no lo son, jamás acudirán sin sacar llena de poesía la copa de su ingenio.

Harto sentimos tenerle tan poco capaz que solo hayamos podido recoger en ella las escasas gotas que hoy ofrecemos á los admiradores del gran poeta lírico. Nos consolamos con la esperanza de que nuestros esfuerzos servirán de estímulo para que otro agote la fuente, si de tan alta empresa es capaz quien no lleve por nombre Fray Luis de Leon.

LUIS DEL BARCO.

## REVISTA DE MADRID.

*Prefacio en miniatura. = Adios. = Vosotras. = Yo. = Mes en tonto. = Hadas antiguas. = Nin-fas modernas. = Tres. = Retratos. = Tipos. = Aventura. = Cuento. = Apuros. = Desenlace. = Resúmen. = Sigue la comedia. = Capítulo único. = Finis coronat opus. = ¡Pobres musas! = Agravio. = Lo que haré. = Carnes-tolendas. = Bailes. = Grandes y chicos. = Encuentro. = ¡Ay! = Un baile casero. = Lo que hallé en él. = Bailes públicos. = Dos viejas jóvenes. = El carnaval de calle. = Bailes de niños.*

Habéis de saber, mis queridas amigas, que estoy de viaje; y que por lo tanto, vais á descansar por algun tiempo de leer mis insulsos é insípidos escritos, cosa que estoy seguro ha de alegraros.

¿Y por qué no?

¿Hay cosa mas natural en el mundo, que un viagero obligado á cruzar la Mancha á pié durante la canícula, se abraza aunque sea á un molino de viento que le dé sombra y en él descansa, ó que un cazador fatigado en un desierto, se zambulla á refrescarse en el primer estanque que se le presente?

¿No es verdad que no?

Pues lo mismo vosotras, viajeras y cazadoras á un tiempo, abrasadas por la candente aridez de mis escritos, ó por los horizontes de mi limitada imaginacion, os tendereis gozosas sobre un lecho de tranquilidad, que si no grandes cosas, os proporcione por lo menos mas goces, mas realidades, y menos incertidumbres, que las que mis frases os pueden proporcionar. Y la verdad es, que por última revista, tengo muy poco que contaros,

El mes se ha deslizado árido, seco, triste, abigarrado, como si no tuviese obligacion de



producir hazañas para dar pasto suficiente á mis escritos.

Sin embargo, exprimire su jugo y veremos lo que de él sale.

Allá va, pues, eso.

¿Habeis oído hablar alguna vez de aquellas hadas de la antigüedad, que ya en los bosques, ya en encantadas mansiones, hacían la vida del viajero, un Eden de inextinguibles encantos?

Pues bien: como los tiempos no son mas que la reproduccion de otros tiempos, como lo es el mar del firmamento, hé aquí el por qué de que en la era cristiana aparezcan de vez en cuando esas veras efigies del paganismo, que si nada dicen á el alma trastornan en cambio el corazon, y viven, por decirlo así, en medio de un culto, que ellas mismas están muy lejos de comprender.

Y digo esto, porque hay en Madrid un grupo de hermanas tan original y bello, que solo por lo que se las admira puede comprenderse el tributo que se las rinde.

Tiene la primera el tipo de una griega huyendo disfrazada del furor de algun espartano, ó corriendo á cobijarse bajo el manto de Aquiles en la destruccion de Troya.

Su tipo la vende: su traje la hace traicion.

Cuando veis su cabeza bien modelada: su anchura frente: su pelo rizado: sus arqueadas cejas: su nariz recta y ligeramente encorvada: su ojo vivo y centelleante: su boca pequeña hendida algun tanto: su gallarda estatura y su andar ligero aunque grave, no podeis menos de retroceder á la patria de las Andrómacas y preguntaros si aun existirá la antigua Atenas y qué nuevas desgracias la afligirán, una vez que sus hijos se encuentran en tan apartadas regiones.

La segunda es una verdadera egiptia.

Su negro pelo: sus ojos pequeños y suaves: el óvalo de su rostro algun tanto embotado, y por último, su gravedad en el vestir, parece está pidiendo á voces la túnica y el cendal y unas alas de ángel para trasladarse á los desiertos valles del Cedron ó el Líbano.

La tercera es una vestal romana.

Delgada, airosa, bella, virginal, parece llevar en su frente el sello de una melancolía que no desdeñara Safo allá en los tiempos de su inmortal amor. Esta muger parece una de aquellas Diosas de ingrato pecho que los Dioses convertían en flores ó fuentes para que eternamente llorasen sus mal entendidos desvíos. Siempre grave, su juventud la hace se la juzgue por alguna Diosa del Olimpo, obligada á errar por el Leteo y á no olvidar nunca, á pesar de su hastío hacia la humanidad.

De estas tres hijas de Eurinoma, pues, voy á permitirme hablaros.

Quisiera hacerlo con cierta respetuosa gravedad: con cierto retintín dramático; pero no me es posible: la Hécuba de Troya: la Raquel de Egipto, y la de Lucrecia de Roma desaparecen bajo el escotillon de una María, una Luisa ó una Carlota; y bien conoceréis cuán difícil es la gravedad ante esta nominal mascarada.

Ea, pues, al avío y el Señor nos saque á todos con bien de tan intrincado laberinto.

Yo, hace algun tiempo, me honro con la deferente amistad de la virtuosa y respetable Marquesa de E..., cosa que á nadie estrañará, puesto que á mí jamás me ha estrañado.

Esta señora recibe sociedad de confianza un cierto día de la semana.

Como es sola, vióse hace poco apurada para el arreglo de unas esquelas de convite, alusivas á su sociedad.

Entonces recurrió á mí: y poniendo á mi disposicion sus lacayos, las esquelas llegaron sin novedad á sus destinos.

Pero hé aquí ahora mis escrúpulos.

La esquila dirigida á las señoritas de P... no tenían casi seña alguna: por lo que, temiendo no hubiese encontrado el fámulo la casa, ó no la hubiese querido buscar, el caso es, que una mañana, algo temprano por cierto, y dos dias antes del baile, tomo la direccion de la consabida casa y quieras que no, llego á ella, subo, vibro la campanilla y espero pacientísimamente.

La puerta se abre.

Un criado, con un tipo mezcla de chino y portugués aparece en ella.

—Las señoras de P....

—Sí, señor.

—Tenga V. la bondad de decirles, si han recibido una esquila de convite de la Señora Marquesa de....

—Una esquila de....

—Sí, señor, de convite.

—No sé decirle á V.

—No me importa que V. no lo sepa.

—Es que no sé decirle á V...

—Hombre, entre V., que no me es muy agradable la conversacion en una escalera y cumpla V. mi encargo.

Pausa de diez minutos.

La puerta estaba de par en par y cerca de ella, en una habitacion de espera, varios muebles en un completo desórden.

Aquello me pareció una barricada casera y temblé ante ella.

Pero, fuera temores.

Allá, en el fondo de un pasillo, se destaca



una sombra que apenas deja entrever su sexo, como esas que pueblan algunos cuadros del Veronés ó el Ticiano, y que embargan sin embargo, el ánimo del espectador.

Ah! la figura se acerca hácia mí.

Es una mujer.

Su traje demuestra el abandono de la mujer que fia mas en la seducción de su rostro que en el adorno de su tocado.

Es la de tipo griego.

Su traje se reduce á un vestido de fondo oscuro apenas ceñido á la cintura, de largos pliegues y cerrado en el nacimiento del pecho: la garganta aparece desnuda resaltando con nobles contornos sobre el bien combinado color del traje: el brazo tambien desnudo, piérdese en el ancho pliegue de una manga caída: el pelo recogido al descuido, presenta una cabeza que bien pudiera servir de modelo á Fidias: ponédle un manto cogido con un clavo de oro sobre el hombro y ya teneis á *Medea* en la parte sublime de su amor.

Ya está ante mí.

Por un momento me figuré ser un Pausanias pidiendo auxilio á la entrada del templo de Minerva-Chalcidæcos.

Pero las ilusiones son cortas; la vista de aquellos revueltos muebles, me hicieron retroceder al punto hasta el verdadero paraje de los sucesos.

Es decir, hasta la puerta de la casa donde habitaban las Señoritas de P.

¡Cuan pronto comprendí mi desventura!

Ni yo era Pausanias ni ella Minerva, ni aquello templo, palacio ni cosa que lo fundó.

La escena se reducía simplemente á un pobre escritor á la puerta de una señorita, de quien iba á saber una cosa puramente de urbanidad.

A los pocos instantes, ya estaba entablado el diálogo en esta forma.

—Beso á V. los pies, señorita.

La señorita inclinó la cabeza y repasó mi traje.

—He preguntado si...

No me dejó concluir.

—Hace dos dias recibimos el billete.

—Entonces quedo tranquilo.

—Puede V. comunicárselo así á la señora Marquesa.

En el extraño embarazo de su acento, noté que aquella señorita no estaba segura de sí misma con respecto á mí: por un lado, mi figura le debía parecer un poco fina para lacayo: por otra, mi *embajada* le debía hacer vacilar sobre mi *nobleza*: de modo, que armó tal ensalada de palabras, que era un verdadero y mas que verdadero curioso mosaico.

Si le hablo como á un caballero y es lacayo, se diria, el ridículo es verdaderamente palmario; si por el contrario es caballero y le hablo como á lacayo, la ofensa no puede ser mas completa; con que ¿qué hacer?

Y aquí del cura que predicando un dia sobre el misterio de la Encarnacion, empezó á decir: „Sí, hijos míos, amados oyentes, apenas llegaron los reyes Magos, la estrella quedó fija sobre el establo; y entonces fué cuando todos los presentes vieron que el color de Melchor y el de Gaspar y el de Baltasar, eran completamente diferentes.

—Melchor era blanco, gritó una vieja.

—No señora, le respondió otra, sino bronceado.

—Y Baltasar negro, añadió un tercero.

—Mentira.

—La historia no lo dice, interrumpieron varios.

—Sí, señor.

—No, señor.

Y la Iglesia empezó á ser el centro de una espantosa barahunda.

El Cura estaba ronco de llamar al orden.

Por último, apaciguándolos un poco, sacó cuanto pudo el cuerpo del púlpito y les gritó;

—¿Me habeis oido por ventura particularizar el hecho?

—No señor, respondieron cien voces.

—Pues entonces, ¿por qué, imitando mi prudencia, puesto que la idea era general, no le poniais cada cual el color que os diese la gana, de modo que todos quedaseis contentos?

Los feligreses callaron y el sermón concluyó sin novedad."

Héme, pues, de patitas en el lugar de los benditos feligreses, con respecto á la citada señoritas.

¿Qué puede ser este hombre en la situación que se encuentra?

Lacayo?

Caballero?

Pues allá vá un language misto y que él se apropie el que mejor le parezca ó se crea merecer.

Y así fué.

Y ya por un momento iba figurándome empezar á ser caballero, cuando una frase suelta, lo vino á echar todo á perder.

Hácia un cuarto de hora que estaba descubierta: y como Dios me ha dado poca paciencia aun en las cosas puramente cómicas, juzgué que la farsa habia concluido y que por lo tanto estaba de sobra allí.

Después de unas ligeras frases, formulé mi despedida.

Y ya habia puesto el pié en el primer pelda-



ño de la escalera, cuando la voz de mi nueva Dafne me detuvo la acción.

—Y la señora? me dijo ¿está buena?

Una sonrisa, que siento no hubiese visto, se dibujó en mis labios.

—Buena, si señora, la contesté.

—Dele V. espresiones.

—Mil gracias.

Y entonces...

Al oír, no sin desmayo  
tan fatal contrasentido,  
murmuré: ¡estoy perdido!  
me tomó por un lacayo.

A los pocos momentos ya me hallaba en la calle y la anécdota corriendo de boca en boca.

Sin, embargo, estaba de Dios que aun no había de concluirse, puesto que tuvo una segunda parte si no tan original, por lo menos mas brusca que la primera.

Es el caso que á los pocos días me ocurre ir á misa, (era Domingo,) á la iglesia de S. Sebastian.

Esperando que diese la hora me hallaba, cuando he aquí que veo entrar á mis tres *Gracias*, bellas como siempre, como siempre con la risa en los lábios, las cuales, apenas me ven, rompen una descarga cerrada de codazos y sonrisitas, que hicieron mi delicia por breves instantes.

La casualidad me obligó á oír misa entre dos de ellas.

Hubiera dado mi oreja derecha por permanecer diez minutos mas en aquella situación, que me hizo por un momento recordar á Palémon acojido por las Ninfas, en el momento de huir como Ino del furor de *Atamas*, transformación que me cuadraba extraordinariamente.

Pero no fué así: porque concluida la misa y ya en la puerta, le dije á la del lance:

—Aun soy lacayo.

Una mirada, con la cual no sé lo que quiso indicar, fué su única respuesta.

—He dicho á V., insistí riendo, que aun soy lacayo...

—¿Qué lacayo ni qué nada? me contestó con un tono que no sentaba muy bien por cierto á su anterior urbanidad.

—Sí, lacayo, interrumpió la otra, todavía de peor manera que la anterior.

Y sin otro accidente digno, nos separamos, haciéndonos un saludo, que mas bien podía haberse tomado por un sarcasmo ó una mueca.

¿Veis lo que es Madrid?

Pues esto y mucho mas le sucede á quien se espone á ser cortés y bien mirado.

¡Pobres musas!

Lo que es por esta vez, bien podeis cruzaros de brazos, colgar vuestras liras de algun árbol del Helicon ó el Parnaso, bajar á la orilla del mar de Crisa, y allí, lanzando una mirada sobre las ruinas del Acro-Corinto, esclamar:

Pues acogimos bajo nuestros mantos al poeta *Baquílides* que legó á la posteridad sus detestables versos en el *Poetae-Graciminores*, y le lloramos aun, ¿por qué no hemos de enlutar nuestras liras al ver que á un ingenio menos malo acaso que Baquílides se le toma por lacayo y se le impulsa á hacer con su genio lo que Polifemo con el hijo de Fauno, estrellarlo contra una roca?

Ah! musas de mi alma!

Así que publique el libro de mis poesías, os juro no volver á coger la pluma en diez días, siquiera por desagraciaros de la mancha que habeis recibido en uno de vuestros hijos, que aunque espúreo, sabe donde le aprieta el zapato.

Y ya que estoy de humor y que por algun tiempo es probable sea esta la última revista que os escribo, dadme la mano, y vamos á repasar una por una las ocurrencias mas notables de las famosas Carnes-tolendas.

En primer lugar, entremos como de paso en algunas casas, pues de seguro habeis de reiros con lo que en ellas os aguarda.

Madrid es el pais por excelencia de los monomaniacos y el templo universal de las monomanías.

La menor incidencia, la mas ridícula prenda, el mas despreciable andrango, sirve de alimento y pasto cotidiano á una cáfila de observadores, que como ciertas ruinas, se encuentran en todas partes y en todas ellas parece están diciendo:—“Somos lo que os figurais que somos.”

Y es el caso ver como mastican, tragan y digieren todo cuanto alcanzan, sin que pueda ocurrírseles jamás, nacieron para mas altas empresas que para crear modas ó embaucar con cuentos y trapicheos, á los infinitos satélites que recogen como de paso.

Así es como este Carnaval han dado en poner de moda los bailes privados de máscaras y los trages de los niños, cosa que á placer han conseguido.

Los primeros han sido deliciosos.

Recuerdo que el domingo me hallaba yo en la esquina de una calle sobre las diez y media de la noche, acompañado de mi buen amigo Luque, cuando á poco veo salir de una casa una dama, por cierto nada hermosa; pero en cambio vestida de *maja*, que me hizo soltar una estrepitosa exclamación:



—Dios mio! ¿ella con la pierna al aire, el cuello desnudo, la mantilla terciada y los brazos en jarrones? Parece mentira.

—Acerquémonos, me dijo Luque.

Nos acercamos.

Era ella.

Es decir, mi última amada: la mujer á quien tanto habia querido: el ser á quien hubiera ansiado hallar entre gasas y cendales como las vírgenes de los amores, ó entre flores, ondas y perfumes, como las náyades, las dríadas ó las napeas.

Y sin embargo, iba de *maja*!

Es decir, de napea del barrio de Triana ó náyade del río Manzanares.

Bendito sea Dios, ¡y qué efecto me causó!

Todas las lágrimas de las hijas de Atalante, las siete Hiadas, no serian suficientes para lavar el rubor que aun siento en mi alma, cada vez que recuerdo la aparicion del domingo de Carnaval.

Pero vamos á ver, me direis ahora; ¿y á dónde diablos iba con tan estraña envoltura?

Dónde?

Pues es sencilla la respuesta: á un *baile casero*.

Hénos aquí, pues, en la parte mas grotesca del Carnaval: en el verdadero Carnaval en ridículo.

Cuidado que para poner al Carnaval en ridículo, se necesita tener mas agallas que el famoso Perseo, que empezó por matar á su abuelo Acrisio, quitar á los Gorgonas el único diente y ojo que tenian; rebanarle el pescuezo á Medusa, como si lo tuviese hecho de zanahoria; y libertar á Andrómeda de la voracidad de un monstruo marino, que la tenia destinada para el almuerzo.

Y sin embargo, lo han puesto en ridículo!

Un baile de trages es una cosa digna de verse.

Y sobre todo cuando son de la clase media.

Hace noches concurrí á uno.

Qué figuras, Dios misericordioso!

Por lo pronto se me figuraron sombras arrancadas de tapices de iglesia: luego indios de la tribu de los Onondagas con sus pieles, sus plumas y sus adornos, bailando al resplandor de la luna: despues una congregacion de penitenciaros de diferentes paises: mas tarde un aquelarre con todos sus pormenores, y por último, todo menos un baile de trajes.

Y en medio de este femenil desacuerdo ¿qué creéis me preocupaba mas?

Pues era el efecto que haria mi ex-amada en el salon con su pierna al aire, su zapato de galgas, y su contoneo picaresco y gitano, con que necesariamente tendria que revestirse. Pe-

ro ¡cómo ha de ser! si los bailes privados han sido malos, en cambio los públicos han sido peores; con que váyase lo uno por lo otro y esperemos con paciencia los del año entrante.

Ahora, vamos al teatro Real.

Este inmenso salon, que bien cómodamente podia servir para plaza de toros, ó circo olímpico, y que años atrás ha sido en iguales circunstancias el emporio de la elegancia y la hermosura, se ha visto este año desairado por ambas, convertido por lo menos en un mercado de horripilantes caricaturas.

La fealdad de Madrid, va siendo una peste crónica.

Media docena de tapadas con enormes pelucas y estraños adornos; otra media de airo-sos capuchones y provocativo continente: tres cuartas partes de modistas y menestralas: media de señoritas y la otra media de viejas alimañas: he aquí en miniatura el baile del primero y último dia de carnaval.

Sin embargo: hubo en medio de todo cierto atractivo, cierta profunda curiosidad en averiguar los nombres de dos elegantes damas, que con desgredadas y enormes pelucas, sobre unas caretas que hicieran honor á Cuasímodo, distrajeron los ánimos, mas acaso, de lo que al principio se prometieron.

Yo las perseguí; las hablé; las ví con un ex-diputado; las hallé cenando; las volví á perder y por último, no las encontré mas.

Y por qué?

Porque era el tercer trage que acababan de mudar.

Ah! máscaras traidoras, y cuánto dísteis que hacer!

Sin embargo, he averiguado vuestra biografía; y en prueba de ello, y para escarmiento vuestro, ahí van vuestras iniciales, en corroboracion de mis palabras.

Llámase la una:

A....

Y la otra

E... H.

Ahora decidme si soy verídico en mis cosas.

En resúmen.

Lo único notable en este mes ha sido el carnaval, y para eso, como os he dicho, ha estado detestable.

Los bailes, malos como nunca.

El cielo nebuloso y sombrío.

Las calles mojadas y sucias.

Y la gente haciendo por divertirse.

¿Lo ha conseguido?

Lo dudo.

Por lo demás el Prado, que es en donde la juventud elegante hace de las suyas, estuvo muy concurrido.



El Domingo, sobre las dos de la tarde, empezó á diluviar; pero despejada de pronto la atmósfera, nos dió tiempo á la gente de humor para disfrazarnos y salir al Prado en busca de barro y aventuras, como así sucedió.

Una amiga mia habia tenido la amabilidad de dejarme una chambra y una falda de raso negro, con la que estaba hecho una gran señora: pero ¡si la hubiérais visto dos horas después! De tanto subir y bajar los carruajes, las ruedas, girando entre los pliegues, lo habian puesto de tal modo, que en momento quedó la falda convertida en un asqueroso fangal.

Las mugeres del pueblo, por cuyo lado pasaba, decian tales cosas de la falda, que me entristecian el alma, y me ponian á dos dedos de quitármela y regalársela á la primera.

Y no era yo solo: si no todos cuantos habian salido.

Es la elegancia de Madrid, entre la juventud elegante, al salir de máscara, efectuarlo de muger, bien con un traje todo lo rico posible, bien con otro lleno de originalidad.

Así es como se ven prendas de un valor inaudito.

Vestidos de moaré, de seda, de damasco, de terciopelo; trajes riquísimos de baile: adornos de toda especie: abrigos de todas clases, allí lo teneis en aquel bazar tan rico, tan deslumbrante al principio, y tan sucio y andrajoso al fin.

Pocos vestidos vuelven enteros al lugar de donde salieron: pocos abrigos: casi ningun adorno.

Si nó el barro como este año, los coches: y cuando nó estos, la gente: por manera, que de cualquier lado por donde se mire la cuestion, el efecto es siempre el mismo: la destruccion de las prendas.

El miércoles de ceniza, sobre todo, fué un dia feliz. Jamás ha presenciado Madrid dia mas hermoso; por manera, que valido de esta tregua de los elementos, comió temprano, y cáttelo en el Prado admirándose de cuanto pasaba.

El sombrero que yo llevé hizo la delicia del impaciente público.

Poned sobre un pequeño embudo un enorme paraguas, abierto por la parte inferior: rodead sus bordes con una trencilla de plata de dos dedos de ancha: forradlo de una seda blanca y hermellon á grandes barras: ponedle dos trencillas desde la parte superior del ala enlazadas en la copa, como las riendas de una calesa: colocad á guisa de minarete sobre la parte superior una enorme pluma negra: agregadle un tremendo ramo de flores dentro del

ala, y tendreis una vaga idea del mueble que sostuvo mi cabeza.

Así es, como escudado por mi yelmo de Malambruno, pasé una tarde llena de encantos, ni mas ni menos que la multitud de cólegas, que con trages mas ó menos estraños, mas ó menos ridículos, hicieron que para ellos y para el público, la tarde discurriese tan tranquila y serena como se habia deslizado el dia.

En cambio al otro dia diluviaba, y hoy como el otro dia, y mañana como hoy, segun la traza que presenta el firmamento.

En cuanto á los bailes de niños, que tan en moda se han puesto, me causa hasta hastío recordarlos.

En Palacio, casa del Sr. Calderon, general Lara, duque de Fernan Nuñez, y no recuerdo qué otros, se han sucedido sin interrupcion.

¡Buena sociedad va á ser la creada con tales elementos!

¿De qué no hablarán esas criaturas á los doce años?

En fin, con su pan se lo coman: que para ellas hacen y no para nosotros.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

## PEDRO.

POR

**D. EUGENIO DE OCHOA.**

(CONCLUSION.)

Precipítame hácia ella al mismo tiempo que Santiago....

Pero lejos de manifestar ira ó celos, me apretó la mano afectuosamente, y despues de estar mirando por largo rato á María que empezaba á volver en sí:

—No tengas cuidado, me dijo con una expresion singular

XV.

Santiago era un excelente muchacho... ¿No adivina V. lo que hizo? Oh! ¿quién lo habia de adivinar?

El, tan pacífico habitualmente, tan bueno, tan sobrio, parecia que se habia vuelto otro. Prorumpió en gritos descompasados pidiendo vino, cerveza, aguardiente..... mucho aguardiente.

Una hora despues estaba borracho como una cuba, ó á lo menos lo parecia.



A cosa de media noche, todo lo tenia ya alborotado.... habia reñido con todos los mozos y escandalizado á todas las mozas.

Cuando á la madrugada llevó á María á casa de su madre, armó una zalagarda infernal y quiso pegarlas....

—Virgen Santísima! exclamaba, luego que se fué, la tia Juana: qué tunante! ¿Quién lo habia de decir.... nunca, nunca será mi yerno.

Y en efecto, acababa de descomponerse la boda. El nuevo novio de María acababa de ser espulsado ignominiosamente de casa de la tia Juana, con aplauso general de todo el pueblo que se retiraba repitiendo con ella:

—Qué tunante! quién lo habia de decir? qué perdido!....

Oh! no, no.

Si Santiago nos habia comprendido, nosotros á nuestra vez íbamos á comprender á Santiago.

Al poco rato volvió á la pradera donde ya no quedaba nadie mas que yo, y á donde pronto llegó tambien María, curiosa y recatada....

Santiago se colocó entre nosotros; ya no estaba borracho; ya era el mismo de siempre.

No necesitó mas que mirarnos sonriéndose y alargarnos ambas manos.

Oh! con cuánta alegría y gratitud las estrechamos entre las nuestras! Cómo se las besamos María y yo! Oh! cómo le gritamos ambos desde el fondo de nuestro torazon!...

—Gracias, amigo! gracias, Santiago!...

#### XVI.

Desde entonces no se volvió á hablar de boda para María.

Ultimo dolor cien veces bendito que nos habia acercado uno á otro!

Si ya no nos buscamos, á lo menos no huimos de encontrarnos.

Ya ha vuelto á empezar para mí, como en los felices dias de nuestra juventud, la dulce costumbre de ofrecerla agua bendita al salir de misa todos los domingos.

Durante el oficio divino, he recobrado igualmente mi asiento hereditario en el mismo banco que ella.... Por una estraña ironía del destino, la Cesarina y sus hijos se encuentran entre nosotros... en la iglesia lo mismo que en la vida.

Esto no nos impide cambiar todos los domingos nuestros libros de misa, que son iguales, de manera que, durante toda la semana, María reza por mí en mi libro, y yo rezo por ella en el suyo.

Luego, hasta que sube la marea, voy á nuestra huerta.... ya V. sabe, enfrente de su ventana....

MARZO.

Nunca me embarco sin pasar por delante de la casa de la tia Juana, y sin que caiga de ella ante mis piés una flor, una cinta, una reliquia en fin, que durante toda la semana, no se aparta de mi corazon.

Desde la alta mar veo á veces ondear á lo lejos un pañuelo blanco que parece decirme: Animo, valor, amigo mio!....

Todas las noches, cuando no hace niebla, clavo los ojos pensativo en la luz que arde en su ventana, y que es mi faro, mi estrella!...

¿No parece en verdad, que somos marido y mujer?

Pero no, no.... eso nunca!

Alguna que otra palabra al paso, tal cual apretón de manos á hurtadillas, miradas, sonrisas, niñadas, sueños, hé aquí toda nuestra union en la tierra, hasta el dia en que volemós al cielo.... donde, como dice el señor cura, Dios casa las almas!

Y así van pasando años y años, durante los cuales, si Dios hubiera querido, hubiéramos podido ser tan felices!....

#### XVII.

Y el pobre Pedro, dejando caer la cabeza entre sus manos, lloraba sin duda en silencio.

Silencioso yo tambien, le dejaba llorar.

Qué hubiera podido decirle? Su afliccion no era de las que admiten consuelo. Además me faltó ocasion, pues de pronto en esto empezó el viento á hinchar las velas.

Pedro levantó la cabeza, triste, pero sereno como siempre.

—Eh! grumete, murmuró: basta de dormir! á la faena que sopla la brisa!

#### XVIII.

El verano pasado, al llegar á Villerville, me encontré todo el pueblo alborotado y en día de fiesta.

—Qué hay de nuevo? pregunté al anciano párroco que fué el primero á quien encontré en la playa.

—Toma! qué ha de haber? me respondió lleno de regocijo. Pues qué, no lo sabe V?

—No.

—Va á hacer seis meses que se ha muerto la Cesarina.

—Ya! y por eso....

—No: pero hace seis meses.... Hasta sus hijos empiezan ya á no llorarla, y eso que son muy buenos.

—Pues qué han hecho?

—Que se casen Pedro y María.

—Y hoy se casan?....



—Dentro de una hora.

Sin querer oír mas volé al pueblo, y en dos minutos llegué á casa del novio.

Pedro vestido todo de nuevo, transformado, rejuvenecido por la felicidad á punto de que apenas acertaba á reconocerle, Pedro recibía los sinceros plácemes de todos los pescadores, de quienes era muy querido.

Abrióse una puerta en el fondo de la sala y apareció la novia, jóven aun, y siempre hermosa.

Su futuro sobrino, gallardo mozo de veinte años, la daba la mano. Detrás de ella iba su futura sobrina, lindísima por cierto, arreglándola el blanco velo nupcial.

Cuando María llegó adonde estaba Pedro, ambos jóvenes se arrodillaron delante de ella y la dijeron:

—Madre mia!

Hasta la vieja tia Juana lloraba enternecida, como todos.

Yo me acerqué despues, abracé á la novia, y dí un cordial apretón de manos á mi huésped, y les dije con voz conmovida:

—Honrado Pedro... dulce y buena María... la felicidad no ha llegado para vosotros sino en el otoño de vuestra vida.... Pero el corazon no envejece jamás, y para amores como los vuestros, hay una primavera eterna!....

CARLOS DESLYS.

## ASCENSION AEROSTÁTICA ANUNCIADA PARA HOY.

Dios no ha dado al hombre la posibilidad de volar, y Dios, como siempre, ha sabido lo que se ha hecho.

En efecto, si como le dió audacia y le formó emprendedor le hubiese concedido unas alas y una organizacion correspondiente á ellas, la sociedad humana no habria existido nunca. ¿Qué marido pudiera vigilar á su muger sabiendo que podia tomar vuelo en cuanto la sacase de la jaula? ¿Qué guardia civil podría perseguir á un ladron por los dilatados espacios de la atmósfera? ¿En qué oficina se refrendarian los pasaportes de los viajeros? ¿Cómo diria V. que no está en casa cuando las visitas se le cuelan por la azotea? ¿Ni qué sistema de gobierno seria posible donde quiera que los contribuyentes tuvieran medios de irse á bandadas por esas nubes cuando la administracion les exigiese el pago del trimestre?

Esto ha hecho sin duda impotentes é ineficaces cuantos esfuerzos ha hecho el hombre para volar, desde Icaro, que fué el primero que

se rompió el bautismo por intentarlo, hasta el desgraciado é intrépido Mr. Arban, de reciente y célebre memoria. Esto tambien es lo que ha inutilizado los esfuerzos y burlado las esperanzas del inventor del Eolo, de aquel Señor Montemayor, tema obligado de los periódicos todos durante cierta época.

Pero si el hacer de los globos un medio de transporte, un vehículo como otro cualquiera, verbigracia un ómnibus ó un calesin, es cosa que solo bulle ya en algunos cérebros calenturientos, no sucede lo mismo respecto á ascensiones, consideradas como meros espectáculos, que es á lo que en rigor han quedado reducidas, por mas que un tiempo tratasen de aplicarse á investigaciones científicas y hasta á medios de guerra. El célebre físico Mr. Biot, al verificar en Paris una ascension con aquel objeto, comprendió muy bien que la ley del descenso de los graves pudiera estrellarle el cráneo contra el suelo con la mayor facilidad del mundo, y se bajó con firmísimo propósito de no volver á subir ni á la bohardilla de su casa.

Reducido el asunto, segun llevamos dicho, á un mero espectáculo, era indispensable rodearle de ciertos alicientes en cambio de la novedad que iba perdiendo con la repeticion, y bajo este punto de vista debemos considerar la ascension anunciada para hoy, de cuyos antecedentes vamos á ocuparnos.

Mr. Poitevin creyó primero poder verificar su ascension el anterior domingo; pero dificultades insuperables le hicieron variar de propósito, fijándose aquella para el presente, si el tiempo, dias ha malo y hasta tempestuoso, no se lo impide.

A falta de plaza de toros escogióse como local, si no bueno, único posible, el tiro de pistola, antes juego del balon; pero posteriormente se ha dicho, aunque no hasta la fecha de un modo oficial, que se habia pensado en la plaza de la Constitucion, mediante ciertas retribuciones ofrecidas por el Casino y por los dueños ó inquilinos de las casas de la plaza, amen del producto de las sillas que habrian de colocarse.

Ignoramos por hoy lo que en ello haya de cierto; pero esto ni quita ni pone á la solemnidad del acto ni á la parte puramente visual de él; puesto que una ascension aerostática no es una comedia que solo puede ver el que está dentro del coliseo. Una vez que el tren aéreo rebasa de las azoteas sale del dominio de los que pagan y entra en el de todos los que tienen ojos.

Dos cosas distinguen á esta ascension de las demás aquí vistas. Es la una que Mr. Poitevin va cabalgando en un burro vivo, lo cual



representa la apoteosis de Sancho Panza en su viaje á la luna; la otra es un gran tren de placer, donde podrán hacer su escursión los aficionados que gusten, mediante el pago de seiscientos reales.

Respecto á lo primero diremos que calculamos todas las angustias que esperan al pobre burro cuando sienta que pierde pié, y todas las evoluciones que hará con el rabo en manifestación de sus sufrimientos y de su miedo cervical. La cosa no es en efecto para menos. ¡Con qué envidia contemplará desde las altas regiones donde le llevan los progresos del siglo á sus humildes compañeros los que acarrean la basura por esas calles seguidos del gallego con la escoba municipal por distintivo! ¡Con qué afán alargará sus cuatro patas cual si quisiera asir con ellas los campanarios sobre los cuales vuela!

Pero apartemos la consideración de esta calamidad jumental para fijarla en el tren de placer destinado á los viajeros.

En esto de gustos no disputamos nunca. Hay algunos que no comprendemos, y eso es todo.

Pues bien, así como no comprendemos el que resulta de poner un par de banderillas á un toro, y sin embargo existe, tampoco hemos comprendido el placer que podrá resultar de zarandearse en un canasto á mil varas de la tierra. De imaginarlo solo nos acometen vértigos y sudores.

Sin embargo, gran cosa debe de ser cuando cuesta seiscientos reales. Por ese dinero le llevan á uno á Canarias los vapores Gauthier y Compañía, y le dan de comer.

En punto á viajes, la verdad es que á falta de otra cosa mejor preferimos ese misino burro del globo, siempre que camine por la tierra, al tren de placer que nos ofrece Mr. Poitevin.

En fin, si hoy se realiza en efecto la ascension, veremos lo que no habíamos visto nunca, esto es, volar á un burro.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

### **Exposicion de productos naturales, industriales y artísticos que ha de tener lugar en Jerez de la Frontera.**

Notorio es que la Real Sociedad económica de Jerez proyectó y llevó felizmente á cabo dos años ha una exposicion local de productos naturales, industriales y artísticos.

Aquella, segun manifestamos entonces, no se habia considerado sino como un ensayo; pero ensayo que sobrepujando todas las esperanzas concebidas, hizo conocer hasta qué punto podia utilizarse el pensamiento, toda vez que

su círculo se ensanchase á términos de abrazar la provincia entera.

La Sociedad de Jerez, que entre todas las de España se distingue por su celo, actividad é inteligencia, así lo comprendió. Rica en elementos, poderosa por su palabra y por el merecido prestigio de que goza, estimulada por uno de sus mas notables individuos, anhelando en fin el llenar cual ninguna otra su noble misión de fomentar con la publicidad y de estimular con el premio, acogió desde luego el pensamiento fecundo y grande de abrir una esposicion á los productos de la provincia gaditana, señalando el mes de Mayo del presente año como época en que habrá de tener lugar.

Ocioso sería el que entrásemos aquí en la enumeración de las ventajas sin cuento que producen las esposiciones. ¿Quién las ignora? Por eso todos los países civilizados de la tierra las promueven periódicamente, y por eso las corporaciones todas que tienen el encargo de proteger, de fomentar, de estimular, siguiendo el ejemplo de los gobiernos abren de vez en cuando al trabajo, á la industria, al arte, á la inteligencia en fin, esos nobles concursos, donde el espositor estudia y aprende, donde puede hacer muestra de su talento y de su instrucción, donde se avaloran sus productos porque se dan á conocer, donde le es dado disputar un premio que le enaltece hoy y le presta nuevos bríos para mañana.

Tales son las esposiciones. La que nos ocupa presenta todavía un interés mayor si cabe. El honor de la provincia y una gloriosa rivalidad en las localidades, porque cada una puede explotar sus medios y aprovechar sus especiales condiciones para presentarse dignamente en el palenque que se va á abrir.

Cádiz, en su calidad de capital, no puede sin menoscabo quedarse en segunda línea, y eso solo podria suceder si por una indisculpable apatía desaprovechase los elementos con que cuenta. Los productos de la industria y de las artes tienen su lugar en esta esposicion, como su programa lo indica, y nuestro pueblo puede presentar en industrias y artes objetos muy dignos del estudio y muy acreedores al premio.

Anímense, pues, nuestros convecinos, y preparen trabajos, seguros de que la comision local, competentemente autorizada por la Real Sociedad, les proporcionará, no solo cuantas instrucciones necesiten, sino cuantas facilidades hayan menester para que sus trabajos figuren con gloria al lado de los demás objetos que en su día hayan de publicar los adelantos y el grado de cultura de una provincia que tanto es, que tanto vale, y que tan grandes



medios posee para ser la primera de España.

Nosotros no dejaremos de hacer oír nuestra voz á fin de que este resultado se logre, lisongeándonos con la esperanza de que no será desoída aquella. Interés es de todos: coadyuven todos al éxito.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## MODAS DE PARIS.

El carnaval tiene sus modas especiales, que voy á describir, porque hasta la media-cuaresma no es ocasion ya de disfraces ni de trages. Los equipajes de baile serán los solos admisibles, y aun en ciertas sociedades se darán conciertos; pero sin saltos ni cotillon.

Se va á ver por la descripcion de los trages siguientes si estamos decididas á vestirnos de Cenicientas.

Primeramente un vestido de terciopelo negro de doble falda, con corpiño recamado de oro, así como la segunda falda. Este recamado consiste en brandeburgos y en bellotas. Con esta saya un prendido compuesto de un torcete de oro, enrollándose al rededor de los cabellos y cayendo en bellotas al lado.

Otro de tul con lama de plata, de doble falda, con rayas de terciopelo azul celeste, orillado de blonda y un encaje negro. La primera falda guarnecida de encaje de plata.

Pero lo que quiero que sepais es que el traje de terciopelo negro estaba hecho sin costuras, y que, fuera de su elegancia, es una economía positiva; porque se puede desabotinar cada pieza de las que constituyen la saya y el corpiño, y plegar un traje de terciopelo como se pudiera plegar un chal.

Los trages sin costura se comprenden; pero una máquina mecánica que remplace por sí sola un taller de costura, ¿qué os parecerá?

Que pertenece á la magia, y que Mr. Hume no es el único brujo.

Pues bien, esa magia se esplica viendo funcionar las máquinas de coser, de las que ha tiempo se sirven los principales establecimientos de costura. Se quiere aprovechar el invento y las ventajas que él proporciona; pero se deja creer que son los dedos los que funcionan, cuando es la máquina la que cose.

Hace poco visitaba yo uno de los talleres de mayor fama, y felicitaba á Mme. X... acerca de su coleccion múltiple y variada de modelos de primavera, cuando muchas manteletas, que acababan de ser cortadas en mi presencia, me fueron presentadas, perfectamente concluidas y cosidas.

—Esto es imposible! exclamé.

—Nada de eso, me respondió Mme. X... es lo mas sencillo del mundo; pero guardo mi secreto, porque no quiero que los establecimientos que me hacen concurrencia se aprovechen de él.

Este secreto no era otra cosa mas que una máquina de coser.

Esta máquina, cuya primitiva idea se debe á un francés, á Mr. Thimonnier, ha experimentado desde su creacion numerosas transformaciones para llegar á las mejoras inventadas por el americano Singer.

Este sistema es á tal punto sencillo y racional, que hoy todos los trabajos de la aguja pueden hacerse con la máquina de coser.

Pero volvamos á los trages.

El baile de disfraces de Mlle. Agustina Broham ha sido muy alegre y encantador.

Mme. Magdalena Broham llevaba un traje de rusa, Mme. Ugalde de española, Mlle. Dubois de lechera, Mlle. Ricquier de paisana Watteau, La señora de la casa de locura.

Los trages de locura y de gitana han estado muy de moda este invierno.

Se necesita, sin embargo, un tipo exclusivo para llevarlos.

Una locura triste y sentimental estaria tan fuera de lugar como una gitana haciéndose la duquesa.

A mas de los bailes de trages en el carnaval, ha habido otros de etiqueta en el mundo oficial y en la aristocracia de París.

El segundo baile de la Sra. presidenta Troplong ha sido mas brillante aun que el primero.

La Sra. baronesa de B... llevaba un vestido blanco de volantes, tegido de raros dibujos oro y encarnado. Mme. B.... uno de moaré antique blanco de doble falda, la segunda cubierta con una espléndida túnica de punto de Alençon.

Las túnicas de encage rempazan en ciertos trages las segundas enaguas de terciopelo ó tafetan, de colores que corten bien entre sí.

La gasa de Chambery tiene un éxito grande, empleada en trages sencillos y poco costosos.

Todavía encuentro mas bailes. El de Mme. Schickler, el de la princesa Czartoriska y el de Mme. de Hauvel.

La variedad existe principalmente en los peinados. Muchas frutas, uvas y follages de oro, y aun mas, peinados con flores naturales, artificiales de Constantino.

Los vestidos de tul ó gasa con lama de oro ó plata, piden peinados dorados y relumbrantes; pero no sucede lo mismo con los vestidos ideales y vaporosos, compuestos de tul, de



blonda y de cintas. Para los bailes de corte, los peinados dorados son una exigencia de los trages oficiales; pero para un baile de sociedad nada es mas joven ni mas encantador que un peinado de flores naturales.

Y digo naturales, porque hay flores artificiales que no lo son.

La flor natural es una copia exacta y perfecta de la flor misma, que reproduce sus encantos, sus cualidades y hasta sus imperfecciones.

Y qué, la flor no es perfecta siempre!

Sin duda que nó. Las flores son mujeres, y algunas imperfecciones no las perjudican mas que lo que nos perjudican á nosotras.

¿No hay algo de poesía sentimental en una flor que se deshoja?

¿No deja caer ella uno á uno sus pétalos, como nosotras dejamos desvanecer nuestros ensueños y nuestras ilusiones?

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

### PRIMER FIGURIN.

Vestido de glasé blanco con dos enaguas dobles: en la primera grandes cuadros de flores formando *quilles* de salvia rosa, los cuales terminan por cabos de las mismas flores. Estas *quilles* forman tirantes sobre el monillo que está coquetamente fruncido y guarnecido de puntilla. Mangas cortas compuestas de dos pequeños volantes dobles, y sobre el primero ramo de las mismas flores. Adorno de cabeza, ramos de salvia puesto muy atrás y cayendo sobre la espalda. Guante blanco. Ricos brazaletes.

### SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de *reps* gris con cuatro volantes rodados de felpa verde. Monillo de faldetas redondas y cerrado con presillas; mangas abiertas sobre el brazo y sugetas con presillas verdes. Cuello y mangas *parisiennes* de puño. Sombrero de terciopelo violeta con flores de terciopelo del mismo color y encages negros. Pañolón de cachemira á grandes listas y fleco. Guantes paja.

### TERCER FIGURIN, DE NIÑA.

Vestido de terciopelo azul con una banda escocesa. Monillo con faldetas guarnecido como la enagua. Cuello y mangas de chaconá bordado. Pantalón bordado. Botas marrón. En el cabello cinta de terciopelo.

## ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

### CAMISA DE SEÑORA.

- N.º 1 Cuarta parte de la camisa, la cual está doblada por no caber de otra forma en el patron. Este como todos los demás números, se ha de cortar al hilo.
- 2 Nesga.
- 3 Tabla del pecho.
- 4 Media tira de la parte alta.
- 5 Hombro.
- 6 Manga.
- 7 Cuadrado de la misma.
- 8 Otra manga.
- 9 Muceta: bordada al pasado.
- 10 Otra manga: id. id.
- 18 Croquis de la camisa de señora.

### CAMISA DE CABALLERO.

- 11 Manga.
- 12 Muceta.
- 13 Cuello.
- 14 Puño.
- 15 Otro puño.
- 16 y 17 Otro cuello, para lo cual hay que unir la pieza n.º 16 á la mitad del cuello n.º 17.
- 19 Ursula: al pasado.
- 20 Brígida: id.
- 21 Aurora: id.
- 22 C. V.: id.
- 23 Dolores: id.
- 24 Asuncion: id.

- N.º 1 Guarnicion para enaguas blancas: bordado inglés y feston.
- 2 y 3 Gorro griego: sobre terciopelo ó paño bordado de felpilla ó hilillo de oro.
- 4 Guarnicion para sábana: al pasado, ojete y punto de ojal.
- 5 y 6 Cuello y manga: bordado ligero.
- 7 á 9 Guarniciones para calzoncitos: bordado inglés y feston.
- 10 y 11 Capillo: bordado ligero.
- 12 al 17 Escudos: al pasado.
- 18 y 19 Cuello y mangas: feston.
- 20 Ramo para diferentes usos: al pasado.
- 21 E. G.: al pasado.
- 22 A. D.: id.
- 23 A. G. P.: id.
- 24 Ignacia: id.
- 25 A. de S.: id.
- 26 M. O.: id.
- 27 D. O.: id.
- 28 O. L.: id.



- 29 L. A.: al pasado.  
 30 P. A. O.: id.  
 31 E. E. O.: id.  
 32 E. E. P.: id.  
 33 E. H.: id.  
 34 M. R.: id.  
 35 M. C. M.: id.  
 36 T. B.: id.  
 37 U. S.: id.  
 38 S. D. E.: id.  
 39 José Jaime Gonzalez: id.  
 40 Benigna Igeneson: id.

## UN ARTÍCULO SIN FONDO.

No hay cosa mas fácil.

¿De qué se trata? Me preguntareis.

Prometo contestaros cuando lo sepa.

El caso es que ya estoy en la cuarta línea.

Con noventa y seis mas compondrán el número de ciento.

Lo que podrá formar un artículo de fondo.

Artículo de qué...?

Reflexionemos.

Un artículo de fondo?

Me dedico á la lectura de los periódicos políticos y no puedo comprender lo que esto significa.

Leo uno y me dice "Hemos retirado el artículo de fondo." Y no me saca de la duda.

Leo otro y engolfado en su lectura siento bramar el huracan, los relámpagos rasgan las nubes, las olas se levantan encrespadas, mi imaginacion naufraga, mi cabeza se vá á pique, el abismo me traga... y sumerjiéndome en su inmensa profundidad no encuentro fondo.

¡Ira del cielo! Este artículo podrá llamarse profundo á gusto de su autor; pero de una profundidad insondable.

No puedo comprender lo que es un artículo de fondo.

Mi imaginacion ha reposado. Ya estoy un poco mas sereno. Voy á salir á tomar el fresco, sin abandonar la investigacion que ocupa mi entendimiento, aunque la cosa es mas difícil de lo que parece porque me falta el método.

El método enemigo de la verdad porque esta Señora anda errante por el mundo; y no en vano la encontramos siguiendo una marcha regular.

El método, mercancía averiada que espenden los charlatanes á los simples.

He incurrido en una contradiccion.

No importa.

Método... en la economía doméstica es la avaricia.

En la economía política, el charlatanismo.

En la literatura el clasisismo.

En las bellas artes, el mal gusto.

En las ciencias el error, ascendiendo desde el grado de suposicion al de verdad absoluta.

En la política otra clase de ascensos.

Paraos en esta esquina y leed si sabeis.

Método para tocar el piano.

Método para matar insectos.

Método para hacerse rico, por un real.

Método para curar los callos.

Método para aprender á leer y á escribir en diez lecciones.

Método para...

Reniego del método.

Un dia se me puso en la cabeza escribir un drama. Tenia un asunto magnífico, y lleno de entusiasmo cogí la pluma.

Un caballero de edad provecta, autor de unos versos latinos en alabanza de un método para aprender el griego escrito en sanscrito, puesto al alcance de todos, de cuyos versos únicamente pude traducir el título que estaba en letras gordas, me sorprendió apenas habia escrito el primer verso.

Me preguntó qué iba á hacer.

Le contesté.

En seguida tomó un polvo, me empezó á citar autores, la mayor parte griegos, puso delante de mis narices unos cuantos libros que ocupaban el último rincon de su biblioteca, los cuales estaban llenos de polvo por fuera y de grasa por dentro, y despues de dos horas de plática me dejó con aquellos librotos abiertos sobre mi mesa y dos mil volúmenes de palabras bárbaras en mi cabeza.

Ocho dias estuve en cama despues de aquella leccion, y gracias á mi complexion robusta salí de entre las manos de un médico que tenia un método seguro para curar la congestion cerebral con gárgaras y lavativas.

Muchas veces me he preguntado despues, cual de los dos me hizo mas daño, si el médico ó el latino.

No pude escribir el drama, porque mi pensamiento se ahoga entre la turba-multa de dramaturgos griegos y latinos.

En cambio supe que los actos se dividen en escenas, y que las entradas y salidas de los personajes deben justificarse, cosa que no veo en el terreno práctico:—miradlo y os convencereis.

Pero, hablando de otra cosa....

Estoy divagando.

Ahora entra un amigo mio; quiero ver si me saca de la duda.

—Qué es un artículo de fondo?

—Es un método seguro....



—Otra vez el método!

—Es el martillo que levanta la tapa de una caja de *turron*.

La definicion me agrada; pero tengo la desgracia de no comprenderla.

Renuncio á mi idea; no puedo escribir un artículo de fondo.

Voy á escribir un artículo sin fondo donde haya de todo; teatros, literatura, toros, polí....

Me retracto; no puedo escribir de política. Escribiré de impolítica.

Hablaré de los que se levantan de su asiento y se encajan el sombrero en el teatro antes de que caiga el telon.

De los que me paran en la calle pidiéndome fuego para encender el cigarro sin pedírmelo por favor.

De los que dan gritos desde el paraiso del teatro de Oriente (vulgo Real).

De los que silban cuando se presenta al público una actriz, aunque merezca la silba.

De los señores que no me apean el tratamiento cuando les doy una excelencia que no merecen.

De los criados de los grandes señores que se dan importancia.

De los que no ceden la acera á las señoras por no parecer provincianos.

De los que bostezan en las tertulias.

De los que olvidan mi fisonomía y no me saludan siendo ellos los que han sufrido metamorfosis.

De los...

Tente lengua.

Estoy cometiendo una imprudencia. Temo otra clase de impolíticos para los cuales no existe pudor, ni vergüenza, ni el temor de la execración universal.

Espanoles que no han conservado ningun resto de la proverbial galantería de sus compatriotas.

Temo á los valentones.

Raza que desciende por línea recta de los antiguos rufianes.

Que provocan, insultan, y cuando sugetan á sus indignados adversarios los amigos que median en la cuestion, esclaman con voz aguardientosa, navaja en mano:

—No me sugetéis, que le voy á matar si se me acerca.

Y despues en las orgías de sus compañeros de mala vida hacen alarde de su mentido valor y de su grosera insolencia.

Perdonadme, queridos lectores, estoy cansado y no puedo continuar; otro dia escribiré el artículo que he prometido.

M. CANSINOS.

## CORRESPONDENCIA.

Sr. Don S. D.: *Sevilla*.—Se le ha anotado por 6 meses y se le ha escrito al comisionado por el olvido que ha tenido de no transmitir el aviso, lo que por desgracia se repite demasiado, no solo en esa sino en todos los demás puntos; por lo que no nos cansamos de recomendar las suscripciones directas á nuestro Administrador.

Sra. D<sup>a</sup> L. S.: *Barcelona*.—Queda V. suscrita hasta fin del corriente año, y cuando guste puede elegir el regalo que le pertenece.

Sr. Don D. G. D.: *Ronda*.—Suscrito por un año y servido el regalo.

Sr. Don G. L.: *Puerto Rico*.—Quedan anotadas las suscripciones que se sirve V. indicar.

Sr. Don L. M.: *Oviedo*.—Renovado por 3 meses.

Sra. D<sup>a</sup> B. S. de G.: *Cartagena*.—Suscrita por 6 meses.

Sr. Don N. y M.: *La Orotava*.—Por el buque Correo de Canarias se le ha servido el regalo; veremos de complacerlo en el dibujo de crochet que solicita.

Sr. Don J. P. S.: *Sta. Cruz de Tenerife*.—Por el citado buque se le ha duplicado el Almanaque Profético que reclamó.

Sr. Don P. M.: *Murcia*.—Particularmente se le ha escrito, y su reclamacion se halla en igual caso que la que arriba citamos de Don S. D. de Sevilla.

Sr. Don V. Ll.: *Alcira*.—Damos á V. gracias por las lisonjeras frases que nos dedica en su apreciable. Las cifras que solicita se dibujarán en el Patron de Abril.

Sra. D<sup>a</sup> P. D.: *Valladolid*.—Se ha tomado razon de su domicilio y se le han duplicado los números que reclamaba.

Sr. Don J. M. R. y M.: *Lorca*.—El regalo que le corresponde le ha sido enviado por el correo, al par que se le ha duplicado el Almanaque que no recibió.

Sr. Don C. P. y L.: *Jerez*.—En el aviso que en el presente número insertamos sobre el tomo de La Moda de 1857, se halla contestada su apreciable.

Sr. Don A. S.: *Fernan Nuñez*.—Los 4 rs. que tiene abonados de mas por su suscripcion, podrá rebajarlos cuando la renueve, haciéndola directamente á nuestro administrador, ó bien se le devolverán si no piensa continuar.

Sr. Don M. C.: *Sevilla*.—Queda renovada la suscripcion de la Sra. D<sup>a</sup> L. G. por otros 3 meses y saldada la diferencia pendiente del anterior trimestre.

Sra. D<sup>a</sup> J. F. y T.: *Noalejos*.—Por el correo se le ha servido á V. el cuaderno de Diciembre que solicitaba. Puede V. tener opcion al regalo, abonando el año por completo. En el número de Enero no repartimos dibujo de tapicería, porque en su lugar se dió el Almanaque.

Hemos reimpresso los números que se habian agotado del tomo de LA MODA correspondientes al pasado año, y el cual es una preciosa coleccion de figurines, patrones y dibujos propios para el neceser de una señorita; por tanto se halla á la venta solo para los suscritores actuales de LA MODA, al precio de 84 reales.

Los que gusten adquirirlo pueden dirigirse al Administrador de LA MODA—Cádiz—incluyéndole sellos de franqueo de á 4 cuartos ó libranzas de Tesorería, y lo recibirán á correo vuelto, franco de porte.



**No damos con este numero el dibujo de Crochet que teniamos ofrecido por no hallarse seca del todo la estampacion; pero en su lugar repartimos un dibujo cuádruple de tapicería, que creemos no desagradará a nuestras favorecedoras.**

En respuesta á las varias reclamaciones que nos dirijen algunos Sres. suscritores sobre el atraso con que suelen recibir LA MODA, ponemos á continuacion los dias en que las enviamos por correos ú ordinarios, y los cuales son infalibles, pues en ello tenemos un especialísimo cuidado.

San Fernando . . . . .	} Por los ordinarios los Sábados de una á dos de la tarde.
Puerto de Sta. Maria. . . . .	
Jerez de la Frontera. . . . .	
Sanlúcar de Barrameda. . . . .	
Provincias del interior y Extranjero . . . . .	} Correo de los Domingos.
Islas Canarias, Buenos-Aires y Montevideo. . . . .	
Puerto Rico y el interior de id., Habana y demás puntos de la Isla de Cuba . . . . .	} Vapor Correo del 12 de cada mes.
Méjico y América del Sur. . . . .	
Manila . . . . .	} Paquete Inglés del día 6 de cada mes.
	} Via de Suez, del 5 al 7 de cada mes.

Cualquier falta que se note en el recibo procede de puertas afuera de nuestra administracion.

JUAN BAUTISTA DE GAONA.

Llamamos la atencion de nuestros lectores hácia el dibujo de tapicería que repartimos con el número de hoy, tanto por su tamaño como por lo bien combinado de sus colores. Dicho dibujo vale 19 rs. en París, y no hemos titubeado en sacrificar nuestros intereses para probar mas y mas que la Empresa de LA

MODA no anhela otra cosa que el aprecio de sus suscritores.

**SUMARIO.**—*La mujer, estudios morales por Doña María del Pilar Sinués de Marco.*—*Nuevo manual de señoritas.*—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*Ligeras reflexiones sobre la Renunciacion del mundo y conversion del pecador, por D. Luis del Barco.*—*Revista de Madrid, por D. Sebastian de Mobellan.*—*Pedro, traduccion por D. Eugenio de Ochoa, conclusion.*—*Ascension aerostática, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Exposicion de productos naturales, industriales y artísticos, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Modas de París.*—*Explicacion del figurin de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones.*—*Un artículo sin fondo, por D. M. Cansinos.*—*Correspondencia.*—*Advertencias.*—*Geroglífico.*

**LAMINAS.**—*Figurin para vestidos de señoras y niña.*—*Dibujo cuádruple de tapicería.*—*Hoja doble de patrones de camisa para señora, dos para caballero y bordados diversos.*

#### Solucion del geroglífico anterior.

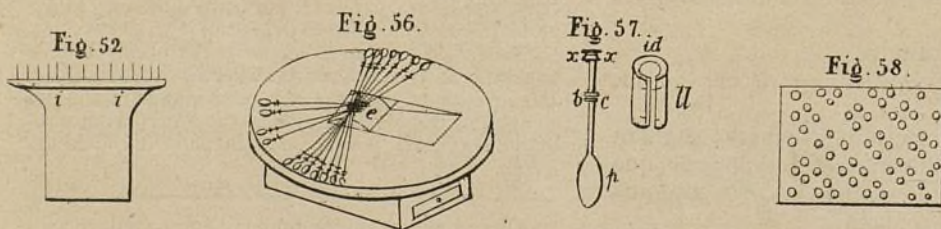
*Si has de hacer casa la cuenta repasa.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

### Figuras del NUEVO MANUAL de Señoritas. F.º 185.



Ayuntamiento de Madrid